
PQ
2226
.A66
1886

VUELTA Y TRIUNFO

DEL

CONDE DE MONTE CRISTO

O

LA MANO DE DIOS

POR

C. S. ANDERSEN

CARACAS
IMPRENTA DE SORIANO É HIJOS
1886.

Dia 27 de Agosto 1886.
biendo visto en todo "La mano de Dios," mas
en "La vuelta y los triunfos" del Señor Genera
A. Guzman Blanco y su distinguida famili,
tomo el permiso de enviar éste pe-
ño libro, viniendo de acuerdo con los acon-
imientos, sin haber sido escrito con ésta idea.
Pido mil perdones, suscribiendome respetuosamte.
El Autor.

A LOS RESPETABLES LECTORES.

Aunque hace ya muchos años que resido en esta bella Venezuela, me es difícil todavía escribir bien el español. Además, estando ocupado en una compañía extranjera, tengo tan solo las noches y los domingos para dedicarme al estudio. Dichas dos razones me autorizan á pedir vuestra indulgencia por si algunos errores de pluma se encontraren en esta obra. Manuscrita fué leída por varios altos empleados de "*La Nación*," entre ellos uno conocido en el mundo de las letras por sus obras literarias; fué finalmente revisada por un amigo bastante cristiano, sacerdote, y por otro leída con atención. Todos dan un testimonio favorable, manifestando ser esta novela una obra de sanas ideas, de moral, y de un todo de acuerdo con la Religión Católica, Apostólica y Romana.

Nadie puede negar que el primer "Monte Cristo" del inmortal "Dumas" es una obra magnífica y muy superior á ésta, pero por sus muchas venganzas ha tenido poca acojida en ciertos círculos y por fin desaparecieron sus personajes, sin quedar uno satisfecho, al no saber más de ellos.

Es verdad que apareció "La Mano del Muerto," pero como esta obra echó por tierra á todos los caracteres sublimes del primer "Monte Cristo," acabando sin perdón con todos sus personajes, he querido tratar de ver si algunos podrían salvarse del naufragio y otros peligros, y lo he logrado; casualmente han podido salvarse los de más interés.

Arrojarse uno así al agua ó al fuego y salvar las vidas agenas, es una empresa atrevida, lo sé; pero viendo á héroes venezolanos, y de otras naciones, que, á pesar de contratiempos, triunfan, como nos enseña la historia universal, antigua y moderna, siendo sólo Dios quien gobierna al mundo: me ha parecido, muy lógico, que también "Monte Cristo" termine sus días tranquilo y triunfante, y así una parte de su familia. Si logro que los amables lectores tengan igual opinión y pasen las familias un rato agradable y entretenido con la lectura de esta obra, quedaré suficientemente remunerado y no me pesará haber escrito: "Vuelta y Triunfo del Conde de Monte Cristo ó la Mano de Dios."

El Autor.

Caracas: 30 de mayo de 1886.

AGREGACIÓN.

En Caracas un libro sólo será vendido en dos chelines; siendo más de uno, es precio convencional, y por partidas ó encargos fuera de este lugar, tendrá su correspondiente y notable rebaja.

C. S. Andersen.

CAPITULO I

DOS PERSONAS MISTERIOSAS

La música tocaba á toda orquesta en la lujosa sala del conde de Xerez. Cortinas de damasco con sus gruesas franjas colgaban flotantes en las altas ventanas abiertas, dejando entrever el adorno interior á la muchedumbre que gozaba desde afuera. Encima de las consolas habían verdaderos árboles de flores, que se reflejaban en los cristales de lujosos marcos.

La luz eléctrica con su fría claridad parecía convertir á tanta belleza en un paraíso. Fué un eden de ninfas aquella fiesta; y éllas, con sus perfumes, bellezas y pasos suaves asemejábanse á un coro de ángeles flotantes, sin pisar el humilde suelo.

Gruesas alfombras apagaban los pasos en la antesala, lugar de refresco y helados.

Mesas de té y chocolate con torta convidaron á las venerables matronas para poder con más libertad conversar. Para los caballeros, todos diplomáticamente vestidos de negro y blanco, que no gustaban bailar, había una sala retirada para el juego y el humo del cigarro.

La muy respetable condesa había pensado en todo y en todos.

Los condes de Xerez celebraban el matrimonio de su única hija Zoila con el joven Marqués de Icaroff, militar ruso.

Cerca de esta lujosa casa quedaba la de la beneficencia. Algunos pobres más repuestos, y alegres de encontrar una variación en la vida monótona, salieron á ver por las ventanas del palacio del conde. Entre los pobres que con permiso salieron á ver por las ventanas del palacio del conde, había un anciano como de cincuenta ó más años, su poblada barba blanca como la nieve, no dejaba distinguir bien sus años. El fué de los pocos que se atrevieron á entrar al zaguan de la gran casa, para ver la fiesta mas de cerca; pero los pequeños sobrinos de Xerez se reían de él, y viendo su poblada barba, le preguntaron que si él era el Judío Errante ó el viejo Monte Cristo ó nuestro padre Adan. De todo eso habían oído contar los niños sin poder distinguir. Tales preguntas parecían ofender al anciano que retrocedió y siguió con paso firme y apoyado en su grueso bastón á la plaza de W.

para oír la retreta entre la multitud de paseantes. Luégo se sentó en un banco de piedra, pero tampoco parecía gozar allí de su acostumbrada tranquilidad, porque entre los que íban y venían había una dama de respetable edad, que fijaba cada vez que pasaba, su vista penetrante en este pobre señor. Con ella iba un joven que parecía ser su hijo. El anciano, al verse observado, dijo para sí: parece ser élla, pero no, no puede ser, élla murió; sinembargo estoy molesto con sus miradas inquisitorias, quizás será de la policía secreta, mejor es retirarme, aunque nadie se ocupa hoy de mí, siendo yo también difunto. Se levantó y regresó en silencio como había venido; acostóse en su dura cama de la beneficencia, pobremente, pero soñando con pasadas glorias.

—Hijo, debemos hablarle, dijo la madre al joven, tú debes recordarle, parece ser él, aunque dudo.

—Tal vez lo recuerdo, pero y qué nos importa este señor? ni está ahí ya, contestó el joven al ver que había desaparecido, yo creí que hubiera muerto.

—Le debemos buscar ¿Tú no ves que le debemos nuestra existencia social? Yo lo creo así, pero si en verdad ha sido él nuestro oculto protector, no sé de donde viene su disfraz de pobre.

—Y así dudo yo de su protección, si efectivamente es él; pero aunque fuera así, no puedo olvidarme de la muerte de mi padre, por él, al menos indirectamente.

Ella, al oír hablar así al hijo, se enjugó una lágrima y siguieron en silencio.

Al día siguiente se leía en los periódicos de la capital el siguiente aviso: Se solicita á un anciano de alta estaturae barba blanca y poblada, pobremente vestido, para comunicarle secretos de familia de interés para él. Por mas señas fue visto en la noche del 15 de este mes en la plaza de W, sentad, en el banco número 7. Informes espera la marquesa de Bois, boulevard droit, número 121. "Pero ni con las diligencias de los gendarmes, ofreciéndoles buena paga, fue descubierta la cueva del pobre viejo. Si dicha señora Bois no hubiera ocultado su verdadero nombre, de seguro que el pobre se hubiera presentado al leer el aviso.

El, entre tanto y para no servir á los niños de mofa, había recortado su barba, dejándose tan sólo el bigote, y hasta podía pasar por hombre de menor edad. Pero esta misma mejor presencia y su buena salud dejaron sospechar por un porvenir, diciendose:— si mucho me aliento, pronto me darán de baja y al salir de aquí tendré que pedir limosna. Dios es justo, esto y mucho más he merecido yo, y se enjugó una lágrima.

Algún tiempo despues que el anciano, así de casualidad, había leído el aviso en los papeles de la directora, calculó, que las fechas y edades podían muy bien identificar á su

propia persona, y se propuso ahorrar unos céntimos de cada franco del diario que recibía, para contestar por la prensa, porque la señora de Bois ya no vivía en el indicado lugar, según los informes que le dieron allí un día, y él no sabía su vivienda actual.— Los nobles de hoy hablan, como si los pobres fuésemos sus perritos de presas, se dijo, pero en igual lenguaje contestaré.— Su cuidado fue de no decir su verdadero nombre.

Un día llevó el joven Bois un periódico á su señora madre con la siguiente curiosa nota: "En contestación á la señora marquesa de Bois, boulevard droit número 121, lo siguiente: "el anciano ha visto la solicitud pero no tiene relaciones en París, así es que será sin duda una equivocación. Entre tanto tengo el honor de estar á sus órdenes en la Beneficencia, cerca de la casa del señor conde de Xerez.—Joseph Montes."

La marquesa al leer esto quedó un tanto sorprendida, miéntras el hijo observó:

—Yo tenía la idea que no era él sino un plebeyo, tal vez un antiguo herrero ó carpintero; ah, ah, ah!

—Nuestro personage, contestó la marquesa, podía tener muy bien sus motivos fundados de vivir incógnito y hasta en un hospital de París, pero el estilo de esta contestación es demasiado vulgar y no armoniza con sus ideas. Ni se interesó más la marquesa de Bois en solicitar á Joseph Montes, ni éste tenía la menor inclinación hacia aquel personaje. Ambos, desde su infancia, fueron tan íntimos amigos y vivieron tan cerca el uno de la otra, pero sin conocerse ni encontrarse.

CAPITULO II

LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS Y LA CARTERA PERDIDA

En una reunión de despedida estaba Monsieur Marieux, agente de los asuntos de madama Bois, á la vez de ser agente de varios otros negocios, y principalmente de la policía secreta, comisionista, y metido en toda comisión dudosa, en fin, fue discípulo del afamado Vidocg.

La familia "Lasalle", residente en París, iba á los Estados Unidos de la América del Norte en el vapor "Orleans", actualmente anclado en "Calais", y para ir de París por la mañana en el primer tren, tenían que humedecer esta noche al paladar con buen vino de Bordeaux.

Monsieur Marieux fue tan amigo de esta buena gente, como sabía hacerse de todo el mundo indispensable, pues en Francia también saben, que á veces es bueno tener al diablo por amigo. Este agente sabía por la práctica que èl vino es muy útil para hacer hablar la verdad, pero también que más descomponen dos distintas bebidas que una sola, y por eso mandó por su cuenta á traer cerveza de Baviera en cierta cantidad. Esta noche trabajaba Marieux nada mé-

nos que para tres campañas: 1° Para la madama Bois, que no dejaría de pagarle bien, calculando que el señor Lasalle, sabía algunos detalles del Conde de Monte Cristo; 2° para la policía secreta, porque Marieux podía ganar dinero y glorias si llegase á saber algunos pormenores de dicha persona, valiendo la pena de denunciar; y 3° él tenía la buena intención de divertirse y gozar de una verdadera parranda, porque, á pesar de todo, Marieux entre amigos era hombre que no despreciaba una copa; y así se entregó esta noche al grán espionaje, sin calcular sus propias fuerzas entre vino y cerveza.

El resultado de estas dos bebidas fue mágico. Allí habían artesanos, negociantes, empleados y particulares, y pronto animóse la conversación. Una pequeña explicación de la persona "Marieux", que empieza á ser una figura de interés, no está demás. Era un hombre pequeño, delgado, un poco inclinado hácia adelante, y la pequeña cabeza que sobre el largo cuello se mecía como la del cisne, en todas direcciones, había sido motivo, para que los chicos porfiaran: que monsieur Marieux con su constante espionaje no podía tener ni la vista fija, ni la cabeza quieta. Tenía su pequeña boca de labios delgados muy afeitada y tan solo la patilla recortada á la española ó á la inglesa. Con los ojos gris, resguardados por verdes antiparras, la naríz larga y tosca, los pantalones estrechos, saco largo, sombrero alto y paraguas verde debajo del brazo, fue muy conocido desde léjos nuestro héroe y sólo dependía de la agilidad ó de la conciencia de los individuos de fama sospechosa, si quería verse con él de frente ó separarse de su camino.

Monsieur Lasalle fue todo lo contrario, "un hombre comme il faut," de figura cuadrada y repleta, jovial y comunicativo con todos, jamás había sufrido muchas calentazones de cabeza, fue amigo del trabajo personal y del positivismo que podía ganarse honradamente. Gozaba de buena salud y gustábale el vino. Todos decían: Lasalle tiene, cuando toma algo, la cara de luna llena. Algunos querían asegurar que antes se llamó Bertuccio criado fiel de Monte Cristo, pero esas fueron tal vez nada más que suposiciones. La mujer y los hijos, que al siguiente día debían estar listos temprano, se habían recojido temprano también. Madama era además de ser buena patriota, una mujer religiosa, tenía en su soledad nocturna que implorar al director de los destinos un viaje feliz para todos ellos, y también sentía una cierta emoción al tener todos ellos que partir de la bella Francia para adoptar á otro país desconocido. Lo cierto fué que no pudo menos que hincarse ante su crucifijo, y uniendo un "padre nuestro" con el rezo de sus pequeños hijos, estaba cierta, que la mano de Dios debía protejerlos á todos.

Hay momentos en la vida que el alma como que presiente algún peligro desconocido, que pueda sobrevenirle y en aquel instante tal vez tenía Madama Lasalle igual presentimiento. Entre tanto estaban Marieux y Lasalle, como dos polos contrarios que se atraen, jurándose eterna amistad. A las ocho en punto empezaron los tertulianos á mezclar en sus estómagos humanos las dichas dos bebidas espirituales y á conversar Algunas de las frases mas interesantes fueron :—De buenas ganas te acompañara yo, Lasalle, dijo un maestro ebanista, que sufria por la mucha competencia.

—¿Y qué hacemos por mas tiempo aquí? hasta yo iría sériamente, —agregó un tapicero que sufría por igual causa.

—Apelo al orden, no hay que despoblar á la patria, se apresuró monsieur Marieux, que todavía estaba firme oyendo en todas direcciones.

—¿Y porque no? pregunto otro.

—Porque......que se yo, contestó Marieux, casualmente me acordé del Conde de Monte Cristo, que también se fué con su Princesa Griega y no volvió más nunca, y así todo el que se va ¿no es cierto Lasalle?

—Creo que no, contestó Lasalle, nadie más que yo, que estube en su servicio, se de todas las desgracias que le sobrevinieron. El vive aún y no mui lejos de nosotros. Acá en confianza y como última noche puedo contarlo.

—Señores, atención! observó Marieux, y á llenar las copas, el sumo del trigo y la sangre de las uvas nos conservarán con salud y vida para oír la historia que nos va á contar el amigo Lasalle.

—Yo no quiero creer, dijo éste, que aún el conde está en París y hoy pobre, tenga él qne sufrír las consecuencias por lo que acá entre amigos hablamos; además no me parece que él puede tener delito alguno.

Todos dijeron eso mismo, y entre brindis y saludos, felicitaciones para un buen viaje y algunos á la salud de Monte Cristo, que solo de nombre conocían, empezó Lasalle una espanciosa narración, que á su tiempo sabremos.

Marieux trataba de hacerse el indiferente, pero aunque la cabeza ya le pesaba algo, no por eso dejó de notar en su vieja cartera un sin fin de apuntes, mal escritos por cierto, porque los hizo todos con disimulo. En tales casos se lamentaba Marieux de no saber algo de taquigrafía.

Ahí se trató de Monte Cristo y que su muerte había sido incierta, tan solo fué un desmayo; de su salvación milagrosa, del carácter miserable de Benedetto con su mano de muerto, de la probable salvación también del hijo de Monte Cristo por unos pescadores y un caballero, y de varias probabilidades que la misma Mercedes no murió, sino que volvió en sí después de un letargo, salvada por su propio hijo. Todos los demás personajes de las historias anteriores supo-

nía Lasalle muertos sea envenenados, nautragados, ahorcados y de muerte natural; afirmando así la verdad de los dos escritos anteriores: "El Conde de Monte Cristo" escrito en francés, luego traducido y "La Mano del Muerto," escrito en español, según dijo Lasalle. —Marieux para sí había cambiado de opinión á última hora. Todo lo que llegó á saber le fué demasiado interesante, para más bien llevarlo á consultar al palacio de justicia y no á la casa de la madama Bois, como los vecinos llamaron á la marquesa El se decía: talvez depende de este hilo mi propio buen porvenir, aunque sucumba Lasalle junto con Monte Cristo; cada uno por sí, Dios por todos. Ellos dos irán á presidio.

Una hora antes de amanecer, al despedirse Lasalle de sus amigos, les decia: —El sueño que he perdido esta noche en tan alegre compañía, podré recuperarlo mecido por las olas del oceano.

Todos los que se fueron y hasta el mismo Marieux, sentian en su interior un desarreglo notable, ó sea: la cabeza pesada. Unos tropezaban, otros perdían basión y sombrero, y Marieux salió con el suyo á un lado, el paraguas verde debajo del brazo derecho y en la mano izquierda cargando pañuelo y cartera, ocultando su malestar bajo una grave mirada; y llegó efectivamente á su casa y á su cama sin quitarse la menor pieza de ropa de encima. Soñoliento se dijo á sí mismo antes de dormir:—pobre Lasalle, él cree en la mecida de las olas,....pero....gracias.... á mi car.... tera, mañana temprano....esta...rá.. en manos de la po.... li... cí...a, ah, ah!.... que sueño tengo! y se durmió hasta las diez de la mañana.

Ninguno de los otros tenía mayor interes en la narración de la historia de Monte Cristo; solo el mismo Lasalle, acordándose que Marieux era de la policía, tenía alguna intranquilidad y no pudo dormir; pero eso mismo le valió para no perder el primer tren. A las cinco de la madrugada llamó á su familia, lista desde el día anterior y á las seis salieron para el tren.

Cuando Marieux se despertó ya estaba lejos, pero eso nada le importaba á él, para su uso tenía telégrafos y teléfonos. Al llegar dicha familia á Calais sería detenida en el acto. Entre tanto que Marieux fué á la oficina de los alambres con su sonrisa diabólica, marchaba el tren con Lasalle y los suyos, confiados en una mano suprema, como todos los de buena conciencia, hácia Calais para enseguida embarcarse.

Marieux entró con toda su calma en un bureau de telégrafo, é iba á arrancar una hoja de su cartera, cuando—objetó: "¡mon Dieu!" ¿y mi cartera? la habré perdido?" En dicha oficina nadie hizo caso de un suceso tan insignificante, teniendo cada cual sus ocupaciones; pero el pobre Marieux salió como un rayo, cruzando las largas calles de la capital. Se acordó al fin que solo de la casa de Lasalle á la suya podía habérsele perdido, efectivamente la había

traído en la mano, ya lo recordó....pero éstas bebidas diabólicas, solo ellas tenían la culpa.

Marieux hubiera preferido perder su portamonedas con los dos billetes y no su cartera sucia con tantos misterios de París. París se vuelve de las diez á las doce de la mañana un verdadero laberinto de seres humanos, cada cual corre y sigue sus ocupaciones del día, en idas y venidas; el que varía de rumbo tropieza, y el que se para es empujado por otro que le sigue. Entre la multitud de transeuntes iban también dos jóvenes, un militar y un ciudadano civil.

—¿ Que es ? preguntó el uno, al ver que el otro se inclinaba á recojer un objeto.

—Supongo, contestó el otro, que será una cartera con un millón de billetes de banco.

—¡ Hombre, que tal ! ¿ conque pagarémos con este sobrante nuestras cuentas del último juego ? ¿ tú perdiste no es cierto ?

—Y tú á la vez, asi es que partiremos.

—Al no aparecer su dueño.

—Es claro que sí. Pero tú tienes fondos propios.

—Y tú también.

—Convenido, pero ¿ qué hacemos con la cartera ?

—Llévala á tu suegro para que él te la agrege á tus regalos de boda.

—Idea sublime, aun desistiremos de todo y se la regalaremos á él; ni tú ni yo necesitamos de nada de lo que ella contenga.

—Convenido....y siguieron los dos jóvenes su camino alegres y charlando. No habían observado todavia que un hombre, el pobre Marieux, iba cerca de ellos, con la vista baja y limpiándose el sudor. Mientras uno de los dos jóvenes guardaba la cartera, decía al otro, mirando adelante: De apuros está Marieux, sin duda anda pescando á algún pobre prójimo. Todos le conocían y sabían de sus oficios.

Luego le perdieron de vista y llegaron á poco tiempo á sus respectivas casas.

Las horas del día iban pasando y Marieux no pudo dar señales del espionaje á sus fieles, pues sin las evidentes pruebas sufriría su reputación.

Dios salva generalmente las dificultades, y así la providencia se había apiadado de Lasalle y su familia, apesar de la imprudencia de haber hablado ante dicho agente de policía, y nada menos que de personas misteriosas, como el conde de Monte Cristo, que, según todos, estaba invisible y mal visto. Lasalle para sí mismo no tenía temor, él fué un buen hombre y los suyos una bendita familia. En la tarde del mismo día iban saliendo en el mencionado vapor, él durmiendo, mecido por las olas del océano, y su familia en sus camarotes, algo mareada. Ni la mejor idea tenían que solo por la pérdida de una cartera habían seguido viaje al nuevo mundo.

Marieux por primera vez en su vida había perdido la paciencia; la única félicidad en medio de sus desgracias, fué, no haber grabado su nombre en ninguna página.

—Mi cartera no me compromete ante los tribunales, se decía; pero no calculó él, que si hubiera tenido su nombre le hubiera sido devuelta en el acto, porque estaba en manos de personas decentes, que jamás se hubieran impuesto de su contenido, ni haberse quedado con el libro al saber de quien era. Nada se sabía, y se empezó entonces á tomar informes de su curioso contenido. El joven oficial había llevado la cartera á su suegro, el conde de Xerez, y el otro habían seguido por otra dirección.

—El hijo *salvó al padre guiado por la mano de Dios.*

ENTRE LA NOBLEZA.

En la casa del conde de Xerez era hora de siesta, pero casualmente nadie pensaba en descansar, porque dicho señor estaba sumamente ocupado y preocupado en la lectura de unos papeles no muy aseados; al contrario, la señora condesa que no había podido soportar el olor del humo y de mal licor que las hojas despedían, prefirió dejar al caprichoso señor solo, lo que él casualmente había deseado; pero entró otra señora, la joven Zoila, hoy marquesa de Icaroff, con su esposo. El le dijo:— ¿Señor Conde, como que no habéis pensado hoy en vuestra siesta?

—En momentos sérios como éstos renuncio de ellas,—murmuró aquél, y si vos, querido hijo, hubiéreis sabido algo del contenido de estas hojas, no sería yo tal vez su primer lector.

—¡Hola! observó Icaroff, ¿conque no son billetes?

—Que billetes, ni que calabazas, fué la contesta, son valores muy superiores.

—Bueno será ver eso de cerca, dijo alegremente la hija, acercándose, y si no es cierto, bueno es arrojarlos al fuego, á la estufa con ellos, parecen tener olor á humo.

—Cuando no iba á hacer alguna curiosa observación la señorita hija, dijo el conde.

—¿Señorita hija? señor de Icaroff, pido de este señor una satistacción.

—¿En qué? preguntó riéndose Icaroff?

—Ya caigo, enmendó de pronto el conde, dándole un ligero abrazo, olvidé tu título, señora doña marquesa?

El conde siguió nuevamente distraido su lectura mientras Icaroff y esposa todavía en la luna de miel, se miraron las caras, y con las manos unidas, empezaron á hablar de miles de cosas que solo para los enamorados tienen mérito, hasta que de pronto cambiaron de conversación, en ella se despertó la curiosidad femenina y en él, el valor de hombre.

—Dime, gran héroe ruso, preguntó ella, ya que hablé de arrojar al fuego ¿has estado tu alguna vez en el fuego?

—¡Que si he estado! contestó él, sin duda que sí, amada mia; sabes cuando los bravos soldados de Kobeleff se batieron con los turcos, allá hubo mas muertos que días de juicio para los sentenciados.

—¡ Jesús, que horror !

—Espera, no es nada todavía, los horrores fueron mas.

—Tu eres un barbaro con tus relatos tan tremendos, amado ruso.

—Ya te digo, mucho falta que cortar, y cuando yo empiezo á recordar aquellos tiempos antiguos......

—Hombre, ¿qué edades tenemos? ni cuarenta entre los dos, y ¿tus tiempos? há! há! há!

—Pero recordarás lo que te conté antes, que empezé el servicio muy joven. Bueno, déjame contarte; en ambos ejércitos he visto barbaridades sin igual con los prisioneros, pero mas entre los turcos. Allí volaron brazos y piernas, allí ahorcaron á sangre fria, y como cortar espigas cortaron las cabezas, puestas luego en las picas y puntas de lanzas.... ¿pero que tienes?

La jóven se refrescó con una copa de agua que le trajo él, también el conde había corrido á ver; y comprendieron ambos, que cuando se habla de las travesuras en campaña, es mejor esperar la ausencia del bello sexo, é Icaroff confesó haber sido en este momento mas bárbaro que los mismos turcos.

—El señor marques de Bois —anunció el portero y dicho señor le siguió á la sala.

¡Bien venido sea, y otras frases, fueron los amistosos saludos!

Bois se sentó en una poltrona cerca del canapé que ocuparon los esposos.

Después de preguntas y respuestas familiares, habiendo entre tanto el conde hojeado la cartera, tomó la parte mas necesaria de la conversación; para no aparecer descortés, y volvió Icaroff á referir algo de la cartera: á propósito dijo á Bois, ¿sabes tu que nuestra cartera es histórica y que contiene mas valores que los mismos billetes, según papá?

—¿¡Cuál, la que hemos encontrado? contestó Bois contrabando quizá, ó propiedad anticuada de Federico el grande de Prusia ó de María Teresa de Austria ¿y no son billetes como dijimos?

—No son, pero el viejo guarda para sí solo, nada confiesa.

—Pero interesante debe ser, su cara lo dice.

—Ah! dijo Zoila, la cara de papá siempre lo es.

—No hija, contestó el conde, Bois se refiere á la lectura y nó á mi interesante cara.

Durante un momento resonó aquella sala de alegres carcajadas por las varias frases mal interpretadas.

—Conque, qué decís, señor conde ¿no son billetes de banco? preguntó Bois.

—No tal, monami, son papeles tan ahumados con un mal tabaco que me tiene mareado, fué la contesta.

—Si tienen olor á humo, sería bueno convertirlos en ceniza, dijo aquél, ¿ qué decís á mi proposición ?

—Eh, ¿conque vos también? mi hija acaba de decir lo mismo.

—Dicho, refrendado, y sellado, intervino ella.

—Pardon, machère fiille, pardon; hoy recuerdo aquel drama: los documentos del diablo.

—Pero buen papá, dijo Icaroff, ¿que tantos misterios hay en estos papeles, de qué tratan?

—Nada ménos que de Monte Cristo; contestó el conde; de aquel inolvidable amigo.

—¿De quién? ¿Del conde de Monte Cristo? ¿De aquel misterioso difunto? así preguntaron varios.

—Hijos, el conde de Monte Cristo no ha muerto, ó si murió volvió á resucitar. He visto deteinadamente éstas hojas, y comprendo que un señor Lasalle ha revelado al dueño de este libro, que no sé quien es, muchos detalles. Se sabe que él volvió de un letargo y vive en París. Yo os contaré y tal vez entre todo podemos encontrarle. El fué amigo mio en un tiempo y lo es, si vive. Pero hija, háganos servir el café, él dá calor y vida, para poder deliberar.

Zoila se acercó al anillo dorado que pendía del badajo, sonó el timbre y el criado trajo el servicio pedido.

CAPITULO IV

EL NUEVO ABATE FARÍAS Y EL VIEJO CONDE DE MONTE CRISTO.

El jardín botánico de París es un paseo lindísimo, un verdadero laberinto de diversas flores, arboles del país y de fuera, al aire libre ó debajo de gruezos cristales, por el frio de la temperatura; todo con hermosos embarandados, bancos de muzgo y de madera y cruzados por anchos caminos de finísima arena....éste jardín estaba hoy como todos los días y principalmente en los días de fiesta, muy concurrido. Un hombre de edad madura, pobremente vestido, pero aseado y sin remiendos ni roturas en el traje, estaba sentado apoyando las dos manos y la barba en su gruezo bastón. Al lado de él se sentó un jóven cura al parecer, de sotana muy fina y su porte y maneras revelaban ser hombre que gustaba de elocuencia y trato social. Se dirijió al vecino así:

—¿Que tenéis, buen anciano que parecéis triste?

—¡Ay! mi buen sacerdote, si vos hubiéseis pasado la décima parte de los tormentos que yo pasé, no hubiéreis resistido, contestó el otro.

—Hombre, ésto es muy curioso, contadme algo; ya véis, un cura fuera de la iglesia es hombre como todos, y no siendo historia vergonzante é inmoral, puedo oir y aconsejaros.

El otro empezó á contarle con mucho gusto una gran
arte de la historia de su vida, pero naturalmente sin decir
ombres de personas y no hablando mal de nadie, sino de la
uerte, de sus riquezas perdidas, de las injusticias del cielo
elevar un hombre de la nada; acariciarle la suerte con
tulos, honores y dinero, para luego dejarle caer en el más
rofundo abismo, sin amigos, sin mujer y sin hijos, sin di-
ero y mendingando el pan, ya con un pié en el sepulcro,
on una mina sin explotar, y sin recursos para llegar á ella,
tantas otras cosas. Nó, nó, Dios ya no rije los destinos
es injusto ó no existe.

A esta última frase del pobre, contestó el sacerdote:—Her-
ano, no habléis así, yo, apesar de ser tan joven, he estudiado
ucho, y especialmente, me he contraído á los estudios religio-
s y filosóficos. Desde mi mas tierna edad me he complacido
observar la vida de los prójimos, y comparadas las historias
odernas de nuestros semejantes con las de personajes y nacio-
s enteras, que conocemos por la biblia y la Historia natural;
e he convencido, que hay un Dios eterno, y en sus manos están
s destinos de las personas, de las naciones, de nuestro globo y
l universo entero. Buen hombre, y quién quita, que este nues-
o encuentro, (los dos tan distintos en edades y oficios como de
receres) no sea casual, sinó....así...como todo providencial?

—¿Lo creéis así? yo nó. He perdido la fé, y dudo. Fe,
peranza y caridad! ah! ah! ah! Palabras vanas.

—Pues es preciso recuperarla, recuperar lo perdido. Oid,
en. ¡Mi tío, un pobre abate como yo, murió en una prisión del
stillo de Iff, y sinembargo....

—¡Como, señor! permitidme, ¿cómo es vuestro nombre?

—Os acaloráis, señor mio, ¿mi nombre? nada de particu-
hallaréis en él. Sinembargo, aquí está mi tarjeta.

Le dió la esquela que decía: "*Jean Farías, abate de
n Martín.*"

—¡El abate Farías! decía el otro ¿como que hay provi-
ncia? ¿decídme joven, es cierto lo que decís?

—Señor, preguntó Farías, ¿habéis acaso conocido á mi an-
no tío? Porque.... no comprendo....

—Sí!

—¿Y quién sois vos? pues sólo Edmundo Dantes, conde de
nte Cristo, puede dar razón de su muerte, y ése señor conde
muerto, hacen años, agregó tristemente el abate.

—¿Qué juzgáis vos de Monte Cristo?

—¿Yo? contestó Farías, juzgo que fué un caballero, con
a injusticia perseguido, aún no le conocí.

—Aquí teneis mi tarjeta: ocultadla.

El jóven, abate Farías, la tomó y leyó: "*Edmundo Dan-
Conde de Monte Cristo.*"

Estas dos personas fueron amigas desde ése día, pero mas
ie conoció al anciano, que pronto desapareció del hospital
beneficencia.

CAPITULO V.

CONTINUACIÓN ENTRE LA NOBLEZA Y DIFICULTADES.

Nuestros conocidos personajes: el conde de Xerez, su yerno Icaroff, Zoila la esposa de éste, y el joven marqués de Bois quedaron con su servicio de porcelana, solviendo cada cual su café con la nata de leche, endulzada, y con tortas, empezando luego la conversación con sus correspondientes explicaciones, mientras la señora de Xerez y sus dos pequeños sobrinos habían salido en caleza.

Pues si, decía el conde, tomando café, yo, según dicen estos papeles mal escritos, veo que Monte Cristo no murió cuando le dió el desmayo, de pura aflicción, en la muerte de Mercedes. Lo llevaron, y con poco trabajo le volvieron la vida; hoy, según eso está en Paris y será un hombre de cincuenta á sesenta años, que sé yo.

—Pero caballero, permitidme una interrupción, observó Bois y dispensad á la vez que me exprese poco favorable al tal Monte Cristo. Mercedes murió, ¿no es cierto?

—Sin duda, dijo Zoila, papá lo dice.

—Yo no he dicho tal cosa, volvió el conde á tomar la palabra, tomando con toda paciencia otra taza de café; pues parecía que la impaciencia estaba ya de parte de los tres jóvenes, y el anciano tenía el especial placer de no precipitar su narración. Al fin siguió: bien, veremos como desenvolver eso, aun no sé si tú, hija mía, podrás oir con la necesaria calma y sangre fria todo el relato que quiero hacer.

—Sin duda me quedo, dijo ella, soy más valiente que la reina Ester y algo curiosilla.

—Bien, si quieres oir, espera.

—No siendo expresiones impropias, me quedo.

—Estos papeles, empezó el conde, revelan un envoltorio de misterios. Comprendo que Monte Crisio se salvó fácilmente, porque no fué más que un desmayo. La salvación de Mercedes fué más misteriosa.

—Señores, observó Bois, Mercedes murió; porqué si hubiera vivido, quizá no hubiera escapado de las venganzas de Monte Cristo, al saber ella que se había escapado él.

—¿Cómo lo supo después de muerta, si dices que murió? preguntó Icaroff.

—Perdón, si así me expresé, se apresuró á decir Bois, poniéndose encarnado y secándose el sudor, pero quise decir que Alberto el hijo de Mercedes, lo sabrá y tratará de no encontrarse jamás con el asesino de su padre.

—El café os hace sudar, dijo Zoilo, pero poco nos importan ¿no os parece mejor que papá cuente? él tiene hoy un especial placer en torturar á todos.

Bois, dijo: vuelvo otra vez á decir: Mercedes murió, y sólo así escapó de las miserables venganzas de Monte Cristo.

—Pido silencio, tomó el conde la palabra, y yo antes de todo digo tres cosas, primera: Monte Cristo no ha matado al padre de Alberto, él mismo se mató; segunda: Monte Cristo nunca ha dejado de estimar á Mercedes ni Mercedes á él; y tercero: Mercedes vive en París, y nada más.

—¿Cómo lo sabéis vos? dijo Bois.

—Permitidme una pregunta: se mezcló Icaroff en la conversación, ¿qué especial interés tienes tú en el desprecio á Monte Cristo y en la no aparición de Mercedes?

—Es un misterio y he tenido que prometer á mi madre no revelar á nadie, contestó.

—Y bien, ¿tendría tu señora madre relaciones con ambas personas nombradas?

—Así lo creo, y tal vez un fundado motivo para un absoluto silencio. Pero señor Conde, se dirijió á éste, ¡si os place yo soy suficiente filósofo para conservar la sangre fria, aunque de mi misma madre se hablase.

—Solo que Mercedes y ella fuesen una misma persona, dijo Zoila con malicia.

—¿Qué? intervino Bois, parándose tembloroso y sentándose luego.

—Y bien, ¿qué? proguntó Icaroff, movido por la curiosidad.

—Nada, dijo Zoila, el amigo Bois está como máquina descarrilada.

El conde guardó nuevamente silencio durante algunos segundos, tomando tranquilo otra pequeña taza de café. El conocía bien el misterio y sabía más que todos los demás en este particular, pero no pudo ménos que alzar la vista y decir: sea lo que Dios quiera.

El tenía además de la cartera otro hilo interesantímo en sus manos.

Lo cierto es, que la curiosidad fue general. Icaroff estaba esperando saber algo de Bois, y éste estaba sin poderse contener á la vez de estar sofocado. Zoila se propuso esperar sin mostrar su intranquilidad. Bois y su señora madre habían caido de la opulencia á la pobreza y á la mayor miseria; pero hoy, sin él saber como, estaban otra vez ricos. La marquesa estaba persuadida que fue por obras del Conde de Monte Cristo, y el joven no quiso, ni pudo creer eso, mas no lo comprendía, él casi creyó que fué orden del sentenciado Benedetto. Luego le movió igual curiosidad hácia el señor de Xerez que no disimulaba su relijioso éxtacis, pero no hallaba ni principio ni fin en este laberinto.

—Papá, dijo Zoila, dadme esta cartera vieja para arrojarla al fuego, parece habernos hecho daño á todos.

—Hija, por ningún caso, dijo el Conde, que volvió á tratar el asunto con sangre fría; aquí todos somos caballeros y nobles, y no es propio perder nuestra calma. El de

3

más sangre fría es mi yerno, que vota bocanadas de humo como si todo fuera neblina; es un filósofo.

—Dispensad amado suegro si os molesta el cigarro, lo botaré.

—Nada, nada, al contrario, pongo de ejemplo á nuestro amigo Bois, que parece estar inquieto.

—Si lo estoy, señor Conde, contestó éste. Yo oiría con mucho gusto vuestro relato si solo una pregunta pudiéseis contestarme satisfacctoriamente, pero os es imposible, lo sé, aunque ya no dudo que el Conde de Monte Cristo, vive.

—Y bien, joven, decidla, yo soy ya un hombre de cierta edad, al ménos mayor qne vos, con que ¿ Cual es la pregunta?

—Con vuestro permiso pues. Sabéis que mi padre no existe, nadie sabrá los demás pormenores. Mi madre lleva hoy el nombre de Bois por los terrenos que posée, y por ocultar su nombre de matrimonio y de bautismo.

—¡ Cómo! dijo Icaroff, ¿nombres falsos es vuestra nobleza ?

—Niñerías, animó Xerez, seguid joven.

—Sigo: su nombre verdadero lo oculta ella y lo oculto yo; porque ella fué muerta y volvio á vivir luego. (Una vaga mirada de Zoila á su padre, temiendo por el sano juicio de Bois, pasó por desapercibida.) Antes de todo, continuó aquel, debo referir un caso notable que nos disculpa. Mi madre sufrió de una debilidad muy grande y luego éramos tan pobres, que en un parosismo que le dió, quedó como muerta y fué enterrada. Yo fuí el único que verdaderamente dudaba de su muerte, aunque ella no dió señales de vida, tan solo porque yo ya estaba acostumbrado á sus parosismos.

No me aparté del sepulturero y tan luego que la gente se dispersó y á fuerza de rogarle y ayudarle en su penoso oficio, conseguí de él el permiso de abrir la fosa, y ¿qué creéis? mi madre se salvó. El sepulturero y yo teníamos que tratar con el mayor silencio, cerrar la fosa, retirarnos á la casa de él, y luego mi madre y yo cambiar de nombres, por dos motivos: uno por no comprometer al buen hombre, otro para que cierta persona, á quien mi madre á la vez de tenerle confianza, le tenía temor, no supiera de nuestra estadía ni de la vida de mi madre. Nadie creía que esa pobre señora estuviera viva; y de mí mismo hice correr la voz que me había embarcado para el Africa. En seguida desaparecieron, como dije, nuestros verdaderos nombres. ¡ Señores! dispensad mi larga narración, pero es la verdad. Mas hoy que hemos vuelto mi madre y yo, á la sociedad elegante, sufro dudas.

—Tampoco me dirás tu nombre paterno, amigo Bois? Preguntó Icaroff.

—No te lo digo todavía.

—El no debe decirlo sin el permiso de su señora madre, dijo Xerez.

—Gracias señor Conde, contestó Bois ¿puedo decir ahora

la duda que me oprime? yo sé que es inútil, pero mi madre y yo vimos la otra noche un individuo que nos llamó la atención, y esta tarde veo esta cartera y oigo las revelaciones y todo esto me intranquiliza, y desearía hablar ó preguntar aquí en confianza algo.

—Hablad dijo el Conde, estáis sofocado todavía.

—Mi madre ha recibido remesas mensuales desde mucho tiempo y sin poderlas rechazar, porque el portador desaparecía en seguida. Hemos, gracias á ellas, vuelto á la alta sociedad. Hoy mi madre juzga que son de los caudales de Monte Cristo, y yo consideraba á ese señor por muy infelíz si viviera, sinembargo fué antiguo amigo nuestro.

—Ambos tienen razón dijo Xerez.

—Parece todo lo que oigo una comedia, dijo Zoila, y contrariedades son todas, ¿es pobre y es rico?

—Es claro agregó Icaroff, el Conde afirma que ambos, en sentido contrario tienen razón, y Bois habla en delirios, ¿cómo es eso?

—No tal, mi amigo, contestó éste, lo dicho lo repito, y es la pura verdad, pero no comprendo como ambos en sentido contrario podemos tener razón, según el señor Conde.

—Pido la palabra sin mas interrupción dijo éste, y veréis como es así.

—Por mi parte es de poco interes, dijo Icaroff, recostándose cómodamente y cruzando los brazos; ni vuestra magnitud: Montecristo, es pariente mio.

—Al fin saldrémos de tinieblas, agregó su esposa.

—Pues señores, prosiguió el Conde, con la vuelta del Conde de Monte Cristo al mundo, antes llamado Edmundo Dantes, y despues perseguido y arruinado por la Mano del Muerto; con estas vueltas y revueltas, veo patentemente no la mano del muerto sino la mano de Dios. Me son concedidos los dias de la necesaria felicidad para que mi amigo Monte Cristo pueda volver á su antiguo bienestar, que merece.

--Pero papá, ¿cómo va á merecerlo, dijeron Icaroff y Zoila á la vez, si es un hombre malo?

—Silencio, dejadme hablar, dijo aquel, ninguno de vosotros está al corriente como yo.

La cueva de Monte Cristo existe, pero nadie sabe de su misterio. El es, sin saberlo, mi amigo, y será protejido con su propiedad, según la orden de mi difunto cuñado, que debe cumplirse.

--Permitidme que me retire dijo Bois levantándose, yo no soy amigo de dicho señor Monte Cristo.

—Podéis hacer lo que os plazca, dijo el Conde, pero también me permitiréis que os llame por vuestro nombre de bautismo. Si despnés de ésto queréis saber el fin de mi relato ó nó, eso lo veréis vos mismo.

—Decid, señor Conde, difícilmente lo sabréis, dijo Bois, ya parado con sombrero en mano.

El Conde se levantó y le dijo algo al oido, sentándose luego muy tranquilo. Bois tembló y volvió á sentarse resignado, arrojando su sombrero léjos de sí y limpiándose el sudor frio con su fino pañuelo de seda.

Bois había oido del mistericso Conde de Xerez, tan solo pronunciar su nombre de bautismo y el de su señora madre; comprendió que su incógnito había cesado y maquinalmente se resolvió á oir todo lo que iba á ser dicho del Conde de Monte Cristo, de la gruta, de Benedetto, de la Mano del Muerto, de Mercedes, Maximiliano Morrel, el hijo de Monte Cristo, y; quién sabe que más.

Icaroff y Zoila se miraron como quienes dice: "Sigue la comedia."

CAPITULO VI.

UN ENTRE ACTO; MARIEUX ENTRE BASTIDORES

El pobre Marieux no sabía que hacerse con la pérdida de su cartera. Ella no tenía su nombre, ni ninguna indicación que pudiera comprometerle, pero los sueños de gloria se le habían invertido en bombas de jabón. Con los infinitos apuntes en su cartera contaba haberse hecho célebre ante la policía secreta, alcanzando un puesto superior, mejor sueldo y alguna comisión de más importancia.. Ya hoy no le quedó más recurso que el de ir cabizbajo por otro camino, nada tenía todavía que hacer en la oficina central del palacio de justicia....Un policía es un buen cómico, si conoce su oficio; asi es que Marieux fué enseguida á casa de la marquesa de Bois, dándose el tono de un personaje que puede revelar cuanto se desée. Antes de venir él había llegado allí la condesa de Xerez, que en vez de quedarse en su casa, cuando había regresado con los niños sobrinos, había dicho: "Torna, cochero, y á la casa de mi amiga, la marquesa de Bois." Asi fué que cuando el portero de esta última señora anunció al señor Marieux, contestó madama de Bois: —Dejadle entrar, el pobre, estará fastidiado, y ante mi amiga la condesa de Xeres, no tengo secretos. Para sí misma pensó: si es cierto que Marieux trae noticias de Edmundo Dantes, nada le puede importar á la Condesa tal personaje, ni le puede importar si soy ó no soy amiga del Conde de Monte Cristo; él en un tiempo fué relacionado con toda la alta aristocracia; y si hubiere alguna emoción, la sabré dominar; que venga en buena hora este señor Marieux. Y efectivamente, en aquel momento entró saludando como un hombre de tono clásico y aristocrático á las dos respetables damas.

—Sentaos caballero. El señor Marieux agente de mis pequeños negocios, la señora condesa Xerez, mi amiga. —Tal fué la presentación hecha por madama Bois.

La casa de la marquesa de Bois fué naturalmente mas pe-

queña que la del conde de Xerez, sinembargo, no dejó de ser muy arreglada y aseada en lo mas escrupuloso. La sala de recibo, lo único que por ahora interesa, fué modestamente adornada y amueblada. Un fino petate cubría el piso, la modesta tapicería en los cuatro costados y en el cielo había un tapíz dorado, resplandeciente. En el centro estaba la mesa redonda con la hermosa lámpara, pequeños adornos al rededor y el lujoso album sobre la misma mesa. Las rinconeras contenían varias pequeñeces, floreros y otros enceres, así la mesa cuadrada, ademàs un gran retrato. Diversos asientos con finos paños tejidos por la misma marquesa, estaban repartidos en la sala, y en el fondo estaba el piano vertical. La marquesa fué tambien artista y para la perfecta educación de su hijo fue indispensable la música. Las tres personas tomaron asiento y empezó la conversación de costumbre, para luego entrar en los detalles indispensables.

—Pues señora, siguió Marieux, hum.... hum.... yo venía hum.... y el agente de policía, apesar de ser filósofo, estaba en dudas, qué papel representar. Estaba mas acostumbrado á hablar entre los hombres.

—Ah, seguramente venís por mis asuntos privados, ensolicitud del anciano, que os dije, intervino la Bois.

Dicha observación por poco hubiera hecho mas confusión aún.

—Sí señora contestó Marieux; y deseaba saber, y pasó la vista de una, á la otra señora presentes.

—Os comprendo, fué la repuesta de la Condesa en ademan de retirarse.

—Por ningún caso, dijo madama Bois, presipitándose á que la Condesa no se moviera de su puesto, el título de amiga me prohibe todo secreto ante vos. Empezad señor Marieux, ¿qué habéis sabido?

—He sabido, fué su principio que aquel anciano que se titula el Conde de Monte Cristo, vive en París, que su antiguo nombre fué Edmundo Dantes; y que hoy es pobre por no tener como ir á la gruta donde se encierran los tesoros que solo él conoce; aún otros dicen que ya no hai tales tesoros allí y que un señor Morrel á quien el favoreció lo dejó arruinado. Dicen que dicho Morrel y su familia perecieron luego en un naufragio del vapor.... no recuerdo el nombre. Ademas dicen que el hijo de Mercedes no iba allí, porque Mercedes no murió y Alberto no fué á ningún otro país, y que de aquel naufragio de Morrel solo el hijo de Monte Cristo se salvó y un marques ruso polaco lo quitó á los pescadores, mas no se sabe su paradero hoy, y.... no recuerdo: yo perdí mi cartera y nada mas tengo presente.

—Madama Bois temblaba pero trató de darse un aire de indiferente, cuando preguntó: —¿y qué interes podemos tener nosotros con todo eso?

—Señora contestó Marieux, por vuestro especial encargo he hecho la solicitud, y mi cartera perdida encierra mucho mas.

—¿Quién os ha confiado todo eso? preguntó ella.

—El señor Lasalle, que ha ido á los Estados Unidos. El es mi amigo, pero al no haberse perdido mi cartera, tendría yo los comprobantes de su arresto á estas horas, ó antes de él, y de Monte Cristo.

—¿Y porqué?

—Señora porque mi oficio en servicio de la policía me obliga á eso y mucho mas.

—¡Oh Providencia! conque se escapó; que escándalo hubiera sido para esa pobre familia y talvez para el señor Monte-Cristo ¿no os parece amiga Xerez? agregó dirigiéndose á ella, pero, ¿qué teneis, que estais tan pensativa? y con mas cuidado se dirigió á ella.

La Xerez contestó: —No es sino efectivamente pensando en los misterios de la Providencia. Mi esposo maneja algunos bienes del Conde de Monte Cristo y de mi pobre hermano Maximiliano.

—¿Cómo, señora, y quién sois vos? preguntó Marieux.

—¿Conque vos sabíais de Monte Crísto y del señor Morrel, vuestro que? preguntó la Bois.

—Al contrario, contestó la Xerez estabamos muy en duda. Esta vuelta de Monte Cristo deberá ser á la vez su triunfo, porque sus enemigos murieron y él es un amigo tan noble como enemigo terrible, no habiendo él sucumbido, merece el perdón de todos sus adversarios y la estimación nuestra. Sus sufrimientos han sido atroces; tan solo la persecusión de la mano del muerto debe salvarle de todos los pecados, si los tiene.

—Oh, amiga, gracias; que noble sois, dijo madama la Bois, enjugándose las lágrimas.

—¿Y qué? dijo á su vez sorprendida madama Xerez, y siguió, vos, mi amiga, teneis mas secretos, sean agradables ó terribles, y si no me los confiais no soy vuestra amiga, al menos no me considero digna de tal título en adelante. ¿Nos esplicaremos ó nó? ¿Qué decís?

Sin esperar respuesta se levantó madama Bois y abrazando á su amiga, lloró el torrente de lágrimas que habían sido ocultadas ante sus semejantes desde mucho tiempo.

Marieux como entre bastidores, pudo observar lo que á los espectadores fué ocultado, y que á toda costa debía descubrir algo de provecho de esta escena, calculó bien al decirse á sí mismo. —si me quedo me juzgan imprudente y me despiden; si me retiro, pronto me llamarán porque yo soy el único que puedo serles útil ó peligroso. En seguida se levantó diciendo:

—Señoras muy respetables: la prudencia me aconseja ausentarme; soy agente de varios negocios, pero nadie dirá que Marieux se mezcla en los dramas de familia, sin ser llamado. Conque adieu mesdames. Estoy á vuestras órdenes. A la vez hizo su reverencia con el sombrero y el indispensable paraguas verde, se enderezó el cuello, dió una media vuelta sobre el tacon derecho y marchándose, estaba él tan satisfecho de sí mis-

mo que juró en secreto repetir estos mismos cumplimientos perfectos, ante todos los nobles, para también llegar á serlo.

—Adieu monsieur Marieux, volved mañana á estas mismas horas, le dijo la Marquesa, y yo os contaré tambien algo de Monte Cristo.

Las dos amigas quedaron solas varias horas, madama Bois contó sin recelo á la amiga varios episodios de su vida pasada y otros tantos secretos de familias. Ambas damas, tan nobles de corazón como de títulos, sabían ya que podían confiarse mutuamente.

Marieux, á pesar de haber perdido su cartera, fué al palacio de justicia y dió cuenta de muchas cosas que pasaban, reservándose siempre algo. No fué poco el alboroto que allí causó esta buena nueva de la vuelta de tan misterioso personaje como Monte Cristo. Las dos señoras convinieron en guardar silencio y arrancar al amigo de la miseria, sin contar que Marieux fué su peor enemigo.

CAPITULO VII

NARRACIÓN DEL CONDE DE XERES Y MÁS DESCUBRIMIENTOS.

Igualmente sorprendidos estaban los tres jóvenes ante el anciano interlocutor que no tardó en empezar la narración siguiente: Yo no he sido siempre el Conde de Xerez; debo favores muy grandes al Conde de Monte Cristo, cuando yo vivía pobre. Mi título es nuevo aún pero hoy legítimamente mío. Por la gracia divina me han sido confiados los tesoros que poséo, porque el amigo íntimo que me los confió sin documentos, y á quien no nombraré hasta más después, ha muerto sin herederos y sin dejar más familia, conque yo los manejo hasta que Dios quiera, como si legítimamente fueran míos. Pero hay un inconveniente en la actualidad, el cual puede obligarme á quedarme algo pobre; entregando nada ménos que la mayor parte de la que ilejitimamente poseo; quiero decir, el capital que me dejó dicho amigo y entregándolo hoy á su legítimo dueño que, según esta cartera, vive en París.

—¿A quién? ¿al Conde de Monte Cristo? preguntaron sorprendidos los oyentes.

—A él mismo, contestó Xerez porque Maximiliano Morrel, su esposa y el hijo de Monte Cristo se embarcaron y perecieron en las olas, aun no todos. Yo soy familia y fuí el amigo de toda confianza de Morrel, dueño de la gruta y de los tesoros de Monte Cristo.

Hoy gozo de una pequeña fortuna, muy limitada por cierto. Los bienes de Morrel me fueron entregados por él mismo, sin documento alguno, pero entre hombres honrados hay escrúpulos con lo ajeno. Si hubiera sabido de positivo que al fallecer mis amigos nadie podía reclamar, ningún poder humano me arrancaría dichos bienes y tesoros; pero desde entónces corren rumores, que el niño, hijo de Monte

Cristo se salvó por pescadores, - él podría tener entónces como diez años - y estos pescadores lo dieron á un Marques polaco ó ruso, que por allí viajaba, sin ellos saber más de él. Lo dicho es positivo porque los pescadores me lo aseguran, pero hoy hace diez años que todas mis pezquizas son inútiles. Se sabe que dicho señor había asegurado á los pezcadores, que iba á ver por el niño, que él sería su hijo adoptivo y un buen militar en servicio del Zar; pero, ¿ni vos Icaroff, que sois soldado ruso, sabéis de eso no es cierto? preguntó el conde.

—Jamás se ha tratado de tales sucesos, ni en mi casa paterna, ni en las cavernas rusas, contestó el yerno, con la mayor indiferencia.

—Bien, prosigió el honrado Conde, ya que el hijo no aparecerá ¿que más puedo hacer yo que devolverle la fortuna al padre, al anciano Conde de Nonte Cristo?

—¿Lo decís con seriedad papá? preguntó Zoila.

—Seguramente, ¿ó alguien de los señores pensará de otro modo? observó él, mirando á los presentes.

—Yo soy de la misma opinión vuestra, dijo Icaroff; y mi capital paterno nos salva de la miseria, el vuestro propio también es algo, todavía, y mi parecer es, que devolviéndo á cada úno lo suyo, es la menor escala de honradez que todo hombre debiera tener ¿Qué piensas tú amigo Bois?

—Yo pienso tanto, dijo éste, que ni puedo darme exacta razón del o que pienso en este momento, pero no quiero ser ménos honrado que tu, yo pienso lo mismo; ni quiero ser ménos caballero que el noble Conde de Xerez. Señor Conde, se dirijió á éste, yo respondo de la buena voluntad de mi madre, podéis decir con toda confianza lo que sabéis de nuestro pasado.

—Caballero, dijo el Conde, á mi no me toca levantar el velo que una respetable señora convencionalmente usa, si vos mismo queréis contar algo á vuestro amigo Icaroff, eso es distinto.

—Respetamos el silencio de la Marquesa de Bois, mi esposa y yo, dijo Icaroff.

—Mis amigos, gracias, dijo Bois, pero una cosa me resta saber, señor Conde. No me habeis contestado satistactoriamente mi pregunta anterior, tocante las remesas que mi madre recibió y recibe sin poderlas devolver y con especial encargo de usarlas, ¿de quién són?

—De la gruta de Monte Cristo, contestó Xerez, pero mas nada debo decir en este asunto.

—Luego tengo que respetar y al fin hasta estimar á este miser...., á este señor Conde de Monte Cristo, dijo pensativo Bois. Sin duda será alguna renta, ó la vida de mi padre asegurada. ¿ó los robos de Benedetto?

—Nada, señor, es la voluntad de Monte Cristo, segun Maximiliano Morrel y yo solo soy el ejecutor de su voluntad.

—¿Vos?

—¡Sí!

Inútiles fueron más observaciones. Todos alli terminaron por estimar á Monte Cristo, que estaba pobre é incógnito en Paris, siendo tan rico, casi sin él mismo saberlo, porque efectivamente no sabía él el estado actual de la gruta; que si los bandidos habían incendiado y robado todo ó si un secreto depósito para casos imprevistos como este, le había quedado reservado. Ninguno de los presentes sabían de estos pormenores, ni hubieran encontrado la gruta jamás, Monte Cristo debía ser buscado ante todo, para entregarle lo perteneciente á él en esta casa, porque fué amigo de ellos y tal vez hasta familia. Su reputación ante los tribunales estaba ya casi salvada, habiendo convencido á la autoridad suprema, que solo Benedetto ya muerto, había sido el causante de todos los males; pero el público y la policía activa, no sabían todavía de tales resoluciones superiores.

La condesa de Xerez había regresado á su casa muy tarde y naturalmente agitada, retirándose á sus aposentos creyendo que su hija, esposo, yerno y el amigo, tal vez estarían tomando té y jugando Whist.

Ni la menor idea tenía la señora, que los mismos asuntos, que ella había tratado en casa de la Marquesa de Bois, habían sido tratados en su misma casa. Al contrario, sin decir nada pensaba ella irse al día siguiente otra vez, esperar al señor Marieux y tener mas noticias.

Tarde se desocupó la sala del conde de Xeres hoy, y parecía haberse estrechado más y más la amistad entre esa buena gente. Lo único que no se supo en público ni se refirió más, fué la palabra que el Conde había dicho al joven Marques de Bois al oido: "vuestro nombre es Alberto de Mondego y el de vuestra señora madre, Mercedes." De ahí rerultaron las remesas, de las que el mismo Conde había sido mensualmente el misterioso dador, por una mano amiga, que fielmente le sirvió, desapareciendo luego. Por consiguiente, desde que Alberto de Mondego contó á su madre Mercedes, los misteriosos sucesos por la cartera encontrada y entregada al Conde de Xerez, que fué el misterioso dador por orden de Maximiliano Morel, desde entonces comprendieron que sus nombres incognitos: "Marquesa de bois é hijo" tenían que desaparecer. Sinembargo, para no llamar la atención tuvieron que seguir con los mismos nombres.

Marieux llegó otra vez á casa de ellos con nuevos informes de los que participó la Condesa Xerez, como fué su intento, y sabiendo el inteligente policía lo que deseaba saber, por ambas señoras, pudo delatar. Sus idas y venidas, sus varias diligencias y las que todavía trató de poner en práctica, fueron de alguna importancia y Marieux avanzó.

CAPITULO VIII

EL ANGEL BUENO Y EL ANGEL MALO.

Fué naturalmente un hecho que aquel individuo que e señor Lasalle había comprometido con su charlatanería fu el Conde de Monte Cristo; pero el buen Marieux no pud dar con él. Se esforzó inutilmente, hasta que al fin se dis frasó de limosnero y consigió un puesto que estaba bacant en la beneficencia. La directora había conseguido la papele ta para este pobre pordiocero y le consigió el cuarto númer 21; creyendo efectivamente la buena matrona que este hom bre llamado el tio Ney, estaba entermo. Aquello no pud durar por mucho tiempo, no porque no representó bien s papel el tío Ney, perfectamente bien lo representó nadie hubiera juzgado un lobo debajo de la piel de carner ó debajo del tio Ney, al peligroso inspector Marieux, por que gracias á sus diligencias practicadas, había avanzado d agente á inspector; Marieux marchó muy bien, pero no pu do soportar la infernal comida de este hospital. Al terce día estaba resuelto decir su nombre á la matrona y aca bar de una vez con este miserable papel, pero creyendo ha ber descubierto la pista del individuo, fué conveniente espe rar dos ó tres días más. Marieux todavía dudaba si efecti vamente Monte Cristo era un hombre de bien como se lo ha bían asegurado las dos nobles damas, ó si fuera el falsaric bribón y bandido según las ideas del pueblo. El debia llega á saberlo, pero toda pezquiza del tio Ney fué inútil. El, co sus raíces tenía entrada en todos los cuartos de los otro compañeros de infortunio; en veces hay más confianza en la raíces que en los remedios de botica. Al fin de la primer semana pudo lograr con sus inocentes preguntas, que uno lecor tara de un pobre que había sido muy amigo de un señor cura que al fin se lo llevó para otra casa mejor. Marieux sup el nombre del anciano, el del cura nadie lo sabía, ni adond se habían ido; y Paris es suficientemente grande para mu chas veces no encontrar la casa que se solicita.

Marieux no pudo soportar más representar el papel de tí Ney; tuvo que decir al médico quién era él y salir con disimul para la casa de éste; y de seguro que algun otro día podía se virle el mismo difraz. Libre de su prisión voluntaria, trató d encontrar á Monte Cristo en casa de algún cura de París, el cu si tratara de engañarle, también iría á la cárcel. Así los cálcul filosóficos de Marieux.

Entre tanto el abate Farías de San Martín, se había hecl tan amigo del Conde de Monte Cristo, incógnito, que los dí que no le encontraba en los paseos, solicitaba en la beneficenci preguntando allí por el pobre Joseph Montes. Este tenía pue ta franca en casa del abate, que no juzgaba como el vulgo por apariencia, sino por el valor interior de las personas, su caract

sus virtudes. Muchas veces veíanse sentados en la lujosa sala el abate, la figura de Joseph Montes frente al dueño de la casa, bata ó sotana y gorra de seda, en conversaciones científicas. uego, tomaban café, vino, cerveza, té, chocolate, ó en fin, lo ue al buen abate le parecía conveniente para complacer á su uesped. Monte Cristo estimaba á el abate como hombre de filofía y religión, y el abate había encontrado en su huésped un ombre extraordinario en sabiduría y experiencia. Un día tuvo abate la suficiente delicadeza de decir al Conde incógnito, ue él necesitaba una persona de confianza para su secretaría rivada y su biblioteca, y para poderle acompañar en otros tan-s asuntos. Monte Cristo, comprendiendo que el abate desea-a serle útil y á la vez deseándo que le acompañase, tenía la ificiente delicadeza de ofrecerle sus servicios gratis. Ambos onvinieron sin hacerse condiciones: el Conde se mudó, fuè uen compañero del abate y le fué útil desde la conversación asta casi de ser su profesor, cual Telemaco y Mentor.

—Interiormente siempre fué Monte Cristo el mismo, pero su xterior cambió favorablemente, hasta que el mismo abate trató e titularle, Doctor.

—Mi buen doctor, decía el abate, ¿ me permitiréis que os yude en la separación de las obras del Dante ?

—Señor abate, contestó el otro, no me corresponde este títu-o aún, mas el último nombre que habéis dicho es casi el mio.

—¿ Cómo así ? Ah ! es verdad : Joseph Montes es el nom-re del teatro de miserias y al no decir "señor Conde," diré 'Edmundo Dantes"

—Siento tener que recordaros, buen señor, que debo guar-ar el incógnito acostumbrado, aún no dudo que, gracias á uestras diligencias, pronto podré presentarme con mi nombre mi título ante el público.

—Pues, mi amigo, ya que estoy haciendo por vos en el mi-isterio, sin sospechar nadie vuestra estadía en mi casa, creo ue es más conveniente el título de doctor, que el nombre de oseph Montes; pero en este caso pondremos vuestros dos ombres en uno, así algo italianizado, por ejemplo: "Doctor Mundante," ¿ qué os parece ?

—Vaya, que vos sois bien ocurrente, acepto pues, el nuevo grado y bautismo, dijo riendo el Conde.

—Otra cosa os digo, refirió sériamente el joven abate ; es muy conveniente esta precaución, porque yo sé que os solicitan.

—¿ Lo sabéis de positivo ? ¿ y quién podrá saber en París que no soy difunto ?

—Ya que hablamos con franqueza de este asunto, voy á de-ciros lo que he podido saber en el mismo ministerio : Lasalle, un ciudadano frances, fué con su familia á las américas.

—Lo sé.

—¿ Lo sabéis ? Bien, pero no sabéis que dió una despedida, y allí contó........

—De un tal Monte Cristo, todo lo sé.

—¡ Ah, lo sabéis ! ya veo que nada habéis perdido de vuestra antigüa agilidad, según la historia.

—Decid más bien : de mi espionaje, que para mi propia seguridad acostumbraba siempre.

—Sea, señor doctor Mundante ; yo nunca uso medias palabras, y efectivamente iba á deciros, que sois tan policía secreta como el mismo Vidoc.

—Gracias señor abate ; pero apropósito nunca me dijísteis vuestras fundadas sospechas.

—Es que no me habéis dejado hablar.

—Observaré un riguroso silencio.

—Hay una persona de la policía secreta observó Farías, que como perro de presa os busca, creyendo efectivamente que sois un gran criminal, es Marieux hoy inspector de dicha policía. El no puede saber que hay pasos dados en el ministerio y entre tanto es un hombre peligroso. El ha sabido vuestra estadía en la Beneficencia y sabe vuestro nombre : "Joseph Montes." Sabe tambien las visitas de uno de los tantos curas que van allí, aun no sabe que yo fuí uno de ellos. Estuvo hoy en casa de un vecino religioso, preguntando por un señor Montes ; así anda él recorriendo todo París y no será extraña su llegada acá ; conque ¿ qué os parece ?

—Mi parecer es, que guerra avisada no mata el soldado ; pero él no me conoce.

—¿ No os conoció nunca ?

—Nunca, jamás me ha tratado, ni en mi opulencia, ni en mi desgracia.

—Pues estoy seguro de que los mismos compañeros de infortunio os desconocen hoy.

Apenas entró una pausa en la conversación cuando sonó la campana, y el abate que no acostumbraba servicio interior, fué á abrir, presentándosele luego frente á frente el mismo señor Marieux, nuestro amigo de paraguas verde y demás señales conocidas. Fué invitado cortesmente á entrar.

Monte Cristo al verle, murmuró para sí solo : cuando se habla del diablo no está lejos ; se puso sus nuevos lentes, montados en oro, cuello alto y frac, para mas transformación.

Al encontrarse las tres personas tan distintas de un todo y antes de empezarse una verdadera comedia, empezó el señor abate muy ágil é ingeniosamente á presentar los nuevos amigos, el uno al otro así : "El Doctor Mundante" italiano; "Monsieur Marieux" inspector de policía.

CAPITULO IX

EN EL TEATRO DE LA VIDA

Marieux, cortesmente invitado por Farías se sentó en uno de los mesedores de junco ; en el sofá quedó Mundante y sentándose Farías en una silla inferior, dió á comprender que él era el amo de la casa, ofreciendo á los dos huéspedes los dos puestos de preferencia, y así en las primeras fraces.

El Doctor Mundante amigo de Italia había venido por unos codigos de su famosa biblioteca, ¿y el honor de la visita del señor Marieux?

Este muy pronto encontró una salida ventajosa por el mismo lado, pues, el señor Marieux dijo, qne él casualmente había venido con igual idea, de rogar al señor abate le prestase unas obras clásicas para leer. El pobre Marieux jamás había tenido tiempo ni ideas para tales fábulas pero así salió de apuros; desde que salió de la escuela no había tomado ni libros clásicos, ni románticos, ni instructivos, tan solo los que venían de acuerdo con su arte y sus reglamentos. Su idea fué más bien positivista, hacer en leyes y servir á las causas.

El abate conoció muy bien el fallo del nuevo amigo y tuvo que sonreirse cuando Marieux con tanta paciencia se mezcló en la conversación, tratando de Lord Bayron, Schiller, Goethe, Shakespear, Hugo, Dumas, Escrich y Voltaire, como si fuesen amigos antiguos, y conocidas sus obras.

Una de ellas había sido el motivo de su venida, pero por poco hubiera caido Marieux en un claro, porque él no sabía cuales de estos libros estaban en francés y cuales no, y todo París sabía que Marieux no hablaba más que un solo idioma.

Mundante y Farias siguieron muy intencionados una larga discusión de obras útiles y fué hasta el fin acalorada, y también para Marieux fué acalorada, que bien ó mal tuvo que tener parte en la cuestión.

Todo mal tiene su término y pudo Marieux dar otro giro á la conversación, él fué tan buen timonero que pudo saltar de las ideas poéticas é incomprensibles á la realidad de la era presente, y sea dicho en su favor, no le faltaban ideas prácticas y sanas. Se empezó á hablar de escritores modernos y del fertil campo que la época brinda para toda novela de costumbre.

—La vida de cada cual es una historia, dijo Marieux, nada ménos que la mia misma está llena de misterios.

—Lo creo dijo el abate.

—Y sin duda la vuestra señor abate, y ¿la vuestra señor doctor?

—Sin duda, contestó éste, desde Roma á Paris hay historias que contar, desde la silla pontifical hasta la choza del pastor he visitado.

—El de ménos soy yo, agregó el abate, y sinembargo, París es nuestra Babilonia, y no soy yo el obrero más inferior en la torre de Babel y en su actual confusión.

—Y á propósito señor abate, dijo Marieux, si mal no recuerdo también había un abate Farias en los encierros de Iff!

—Mi tío contestó el otro.

—¡Que interesante debe ser aquella historia¡ decía el policía, bastante he sabido por los actos, pero nada de los

verdaderos sucesos. ¿ No sabéis vos algo más, que sois de Italia señor Doctor ?

—Yo, dijo este, únicamente sé por unos de mis colegas, que el abate murió y que Monte Cristo escapó, pero eso es viejo en Francia.

—Pero, agregó Marieux ¿ será cierto que este Conde vive todavía ?

—Ah, sin duda, contestó el Doctor.

—¿ Donde estará á estas horas ?

—¡ Aquí mismo ! dijo Farias.

—¿ Como, aquí ? preguntó Marieux, viendo hacia las puertas, y el Doctor hacia Farias, admirados.

—Doctor Mundante, continuó este, podríais tal vez contar algunos pormenores de todo esto al señor Marieux.

—Con mucho gusto, contestó el Doctor, habiendo comprendido por la mirada de Farias que no había peligro, ni lo conoció Marieux. Le contó en seguida de Monte Cristo lo que le pareció conveniente, de su estadia en París, sus desgracias, sus injustas persecusiones, su pobreza y de su buen fondo.

—Yo no convengo que lo defendáis tan acaloradamente, observó Marieux, porque aunque parece que él ha sido vuestro amigo, ó lo será todavía....

—Permitidme señor Marieux, ha sido, diremos : porque es, ó no es, está en veremos.

—Pero, cómo habeis sabido todo lo dicho ? y dispensad mi curiosa pregunta.

—Señor, vos sois un ágil agente y no sabéis que Lasalle conversó eso y mas.

—Sin duda lo sé, pero, ¿ como lo saben otros ?

—Hombres de talento saben todo, dijo riendo el abate.

—Respeto los conocimientos, pero no comprendo como....

—Apropósito de conocimientos, dijo Farías, el Doctor conoce ya mi biblioteca.

—Señor estais saliendo de nuestro tema, se apresuró Marieux que con horror pensó en tantos libros amontonados, estábamos hablando del Conde de Monte Cristo.

—Apropósito, y tambien de mi tio, trató Farías de variar la conversación, temiendo que Mundante se comprometiera en tener que seguir, pero éste con una mirada risueña, le hizo perder el cuidado.

—Apelo al orden, dijo el Doctor, frotándose las manos y siguiendo alegre la conversación, vuestro tío murió y estamos con Monte Cristo por las calles de París,

—O escondido tal vez, sigió el abate de igual modo.

—¿ Cómo ? preguntó Marieux, que veia complicarse más el asunto, ¿ podría uno saber algo de este buen hombre ?

—Difícil será contestó el Doctor, y más aun si llega á saber que vos no sois su amigo, y que no quereis creer en su buena reputación.

—Yo no dejaría de creer en ella, contestó el otro, si

efectivamente no hubiesen causas en su contra, pero los envolvimientos judiciales son tantos, que díficil es persuadirse uno de lo contrario ó sea de sus buenas cualidades.

—Si es difícil contestó el Doctor, pero también debemos comprender que hay desgracias, hay fatalidades, que suficientemente pueden haber purificado ya los hechos de Monte Cristo y que al fin puede haber llegado hacer un hombre de bien.

—Qué de disparates, dijo Farias, si siempre lo ha sido. Y permitidme señores, yo creo que solo á mi me toca de hablar algo en su favor.

—¿A vos? preguntaron, ambos cada cual sorprendido por distinta causa.

—Nadie más que yo dijo el abate, debía haber sido el enemigo declarado del Conde por el tesoro de mi tío, pero jamás se me había ocurrido tal idea hasta hoy, que hablamos de él y de éste Conde malo, porque el tesoro pasó legalmente á sus manos. Luego hay que tener en consideración, que si alguno de nosotros hubiere sufrido tan injustamente como sufrió dicho Conde en el atroz encierro del castillo de Iff, de seguro que no hubieramos podido perdonar tan fácil y quedar con la cara risueña. El condenado á perpetuo encierro no puede ver con indiferencia las injustas glorias de sus asesinos.

—Seguramente dijo el Doctor.

—Yo los hubiera castigado, dijo Marieux.

—Saliendo por ejemplo un preso, siguió Farias, pobre y semi salvaje por no haber podido tratar con sus semejantes, de una prisión, ¿hubiera sido él capaz de abrasar legalmente y con la cara risueña á sus malhechores, para que él tal vez hubiera sido la víctima por segunda vez? Y en este caso no le hubieran encerrado por bonapartista sino por loco, no siendo ni criminal ni loco sino justo y cuerdo. El Conde de Monte Cristo encontró en efecto el tesoro perdido y con los conocimientos adquiridos pudo atreverse á representar una gran figura. Solo incognito pudo presentarse ante todos sus contrarios; el uno lo había sentenciado á eterna prisión y abandono, el otro le había robado el amor de su prometida y su futura felicidad, el tercero.... en fin, ¿para que referir á todos los casos? ¿qué hubiérais hecho voz, con opulencia y dinero en igual caso?

Esta directa necesitaba contestación.

—Yo dijo Marieux pausadamente, hubiera condenado á todos á prisión, á trabajos en Bayonne á la horca ó á la guillotina.

—Y yo, dijo el Doctor, no me hubiera excusado de sentimientos más ó ménos iguales.

—Más ó ménos asi lo hizo Monte Cristo, dijo el abate y solo en esta justa sentencia está su delito. Todos sabemos la

muerte de Villefort, la ruina de Danglors y el suicidio de Morcef.

Convengo en lo dicho y hecho como un justo castigo, dijo Marieux, pero él ha saqueado á los sepulcros.

—Es falso dijo Mundante, lo hizo Benedetto con el usurpado nombre de Lord Vilmore; el señor abate lo sabe.

—¿Será cierto? preguntó Marieux.

—Tan cierto contestó Farías como todas las demás maldades que hizo dicho infame Benedetto ,con su Mano del Muerto, vanagloriadas solo por él. El ejecutó robos, asesinatos, incendios y crueldades mil, dando siempre la culpa al inocente Conde. Si vos, señor Marieux, hubiéseis leido las novelas modernas, hubiéreis comprendido fácilmente en la inmortal obra de Dumas titulada: "El Conde de Monte Cristo," la nobleza de alma de aquel noble, como tambien lo peligroso de ser enemigo de él; hubieréis leído ademas: "La Mano del muerto" comprendiendo como dicho héroe vino por tierra, como un miserable acobardado, por la suerte adversa que le perseguía, pero sin cometer maldades algunas; al contrario, allí se eleva Benedetto con sus maldades hasta que tambien muere. Allí quedan todos por muertos en varias catástrofes, pero felizmente la mano de Dios ha podido entresacar á algunos. Hablando otra vez de Benedetto; éste pudo engrandecer su caracter asqueroso por medio de ciertas acciones nobles y generosas, y fué tan villano, que los auxilios y las pensiones ordenadas por Monte Cristo á diversas familias de las mismas riquezas del Conde en otra época estos los dió Benedetto en su propio nombre á varios. Finalmente apoderóse de la gruta de Monte Cristo, saqueó lo mas posible y entregó el palacio con todas las preciosidades á las llamas. Monte Cristo, es verdad, se ha valido de todos los medios posibles de arruinar á los mismos que habían arruinado á el, pero sus sufrimientos por Benedetto, fueron á mi parecer injustos. Hoy está el conde pobre, viejo y arruinado, y no comprendo como vos, señor Marieux, al encontrarle algún día, podáis entregarle á la justicia mundana, en veces justa y en veces injusta, cuando solo un Dios tiene nuestros destinos en su poderosa mano. Quiero decir, vos estáis obligado á perseguir al Conde aunque sea contra vuestra conciencia.

El doctor Mundante se enjugó una lágrima despues de concluir el abate su larga explicación. Marieux se levantó y apretó la mano á Farias, diciendo:

—Señor vos sois un gran orador y un hombre de bien, por poco me hubiéreis hecho partidario del mismo Conde de Monte Cristo. La mano de Dios está con vos mismo.

CAPITULO X.

LA MANO DEL HOMBRE, DEL MUERTO Y DE DIOS.

Con las diversas ideas de los tres señores en discusión no pudo terminar esto así, debía necesariamente tener algún resultado.

—Señores, empezó Marieux. yo opino que el Conde no es tan culpable como cree la mayoría, pero pesarán sinembargo varios crímenes sobre su conciencia.

—No lo dudo; dijo el doctor.

—Yo lo dudo; dijo el abate.

—No os comprendo, señores, dijo Marieux, yo suponía que estuviesemos de acuerdo en este punto y veo que no es así, nos contradecimos. Permitidme que os pregunte: ¿por qué dudáis, y por qué no dudáis?

—Yo, dijo el abate, aun más jóven' pero amo de casa empezaré. Yo dudo de los crímenes de Monte Cristo, por que él fué un simple marino cuando joven, y sin más escuela que la de su pueblo; supongo que su religión sería unos simples rezos y la fé en la providencia, sus conocimientos tal vez limitáronse á poca lectura, escritura y contaduría. ¿No es cierto Señor Conde, ... digo señor Doctor?

Mui cierto á mi parecer, contestó éste.

—¿Qué es ésto? ¿Señor Conde? preguntó Marieux, con extrañeza.

—No os admiréis de mi distracción, dijo el abate, cuando se habla de un Conde y se dirije uno á un Doctor, es fácil trocar los títulos. Estando pues persuadidos de los escasos conocimientos de Edmundo Dantes cuando niño, también hay que agregar que los marinos creen en ninfas, neptuno, nereida, el canto de las sirenas, y son muy destinarios fanáticos; por ejemplo, que Dios ocupa á un hombre paras ser la providencia de otro; y en otras tantas cosas creen éllos.

Estas ideas deben haberle sido fomentadas á Edmundo Dantes en la prisión.

Mi tío el abate Farias, no puede haber tenido muchos ratos risueños; para él debe haber existido solo la idea triste de un Dios consentidor y un pueblo malvado. Tales cálculos sombríos se fomentarían en el alma abatida del joven. él que fué su oculto compañero de infortunio. Tal vez no tendría él, tan joven, malas intenciones, pero luego que escapó, como ya dicho anteriormente, con dinero, salud y vida, viendose en un mundo lleno de falsos amigos, se diría á sí mismo tal vez: yo soi libre y rico, Dios es justo y me ha destinado para ser su mano fuerte, quiero castigar y premiar según inspiración divina; será cumplida su voluntad, por la mano del hombre. Tal idea, aun algo fatídica, puede haber sido muy bien el norte de todos los hechos de Edmundo Dantes. El ha creido ser un hombre justo y religioso ya que los representantes de la justicia mundana fueron, en aquella epoca y en aquel lugar, injustos y débiles.

Un silencio prolongado siguió á la elocuencia del abate; y éste despues de tres minutos preguntó: —¿Señores estáis distraídos ó me habéis oido?

Yo, contestó Marieux, me permitiré observar un rato de silencio mientras pregunto por la opinion del señor Doctor.

4

—Y yo me permito decir lo siguiente, dijo éste: cuando salió el Conde de la prisión tendría las mejores disposiciones, pero no tendría el espiritu tan preocupado como antes el marino Edmundo Dantes. Monte Cristo recibió á la vez de las riquezas la suficiente instrucción del anciano abate; salió tan perfectamente instruido de las manos de éste, que por muy fanático que hubiera sido antes, hoy no lo era; él podía muy bien tener fé en Dios pero únicamente castigar y premiar según sus propios cálculos, y comprendería perfectamente bien que ningún hombre exclusivamente, podía ser instrumento en manos de Dios sino todo ser humano en su totalidad.

—Vos, vos mismo decis eso? preguntó Farias.

—¿Y porqué no? preguntó Marieux. yo creo que cada cual de nosotros tiene igual derecho de expresarse; y el doctor no será hermano del Conde para defenderle por su obligación.

—Su hermano no soy, dijo él, os lo juro.

—Yo estrañaba, dijo luego el abate, que hablábais tan contra la razón de mis suposiciones y defenzas.

—Permitidme concluir en mi rígida sentencia, contestó el Doctor, el Conde obraría con sano juicio y, según él, cristianamente, pero hoy con la edad que tengo, veo que pasó los límites y tal vez ya en momentos que vió á varias funestas consecuencias, entonces fué castigado por el destino mismo, según La Mano del Muerto; me parece que todo hombre es castigado de Dios, no mientras vive despreciado orgulloso y altanero, sino al entrarle la reflección.

—Ambos sois unas personas muy científicas, se expresó Marieux, yo tengo un sano cálculo igualmente, pero me falta la idea comunicativa; la elocuencia.

—Acá estamos tres observó el abate, y ya que los dos elocuentes, como decís, hemos hablado, vos, señor Marieux, estais quedando como cazador en emboscadas; arriba! ¿qué decís? Hemos dado nuestra opinión y esperamos la vuestra, el asunto es sério; tal vez depende en este momento de nuestros cálculos la vida ó la fatalidad de un hombre honrado y célebre.

—Pues yo, dijo Marieux, hum...; si es casualmente lo que digo, me falta la elocuencia. En fin, ya sabéis que pertenezco á la policía y no debo tener más opinión que la que tienen mis superiores, debo solicitar á dicho señor, pero no sé bajo que forma.

—Dispensad que os interrumpa dijo el Doctor, podéis hablar sin cuidado de aquí no saldrá palabra alguna, ni hay servicio interior, somos tres hombres discretos.

—Yo opino, dijo el abate, que si el señor Marieux quiere merecer nuestra confianza, debe ser igualmente franco. Yo dije que la mano del hombre castiga á otro hombre, el Doctor dice que fué La Mano del Muerto, ¿y vos qué decís?

—Yo digo, contestó Marieux, que ninguno de vosotros tiene razón.

—¿Cómo? preguntaron ambos.

—Hablaré, sopretesto de ofender.

—Decid con toda confianza, contestaron.

—De vos. señor abate, empezó Marieux, siendo religioso, es muy extraño que digáis: la fuerza de la mano del hombre; y vos, señor Doctor de los vivos; habláis de La Mano del Muerto; y así es que ya, hablando cada cual en contra de su oficio. deberé yo, siendo policía, referirme tán solo á la mano de Dios, porque....que se yo....

Marieux no pudo acabar la frase por las carcajadas de los otros dos, aplaudiendo á este héroe como el más ágil orador de los tres, diciendo tantas verdades en tan cortas frases. El abate se acercó y dijo, poniéndole la mano al hombre Sois un verdadero filósofo y predicador de la moral á los mismos doctores y teólogos.

—Bravo, señor misterioso, seguid, le animó Mundante.

—Al contrario; dijo Marieux, cuidado como esta sea última vez que hablo sin engaños. Quiero ser más franco aún. He venido á esta casa con ideas no muy sanas; pero estoy en efecto convencido, que no es la mano de la policía sino la mano de Dios la que rije los destinos. Si yo no hubiera venido aquí no hubiera descanzado antes de entregar nuevamente el Conde al tribunal de justicia, y siendo ese mi oficio, tarde ó temprano lo hubiera logrado; mas hoy he juzgado las cosas distintas. No permita Dios, que este anciano Marieux sentencie á un justo. Estoy convencido que el Conde de Monte Cristo es inocente. Señores me despido. Adios.

—Pero al levantarse para irse, lo detuvieron seriamente.

CAPITULO XI

LOS ALIADOS, Ó CUATRO AMIGOS PODEROSOS

Marieux se sentó y el abate se apartó por un momento con el doctor para una corta consulta. Luego se sentaron también.

—Monsieur, Marieux, dijo el abate, decidme, ya que sabéis que Monte Cristo es amigo nuestro, ¿qué haríais vos si esta persona se presentara en este momento delante de nosotros?

—Sin duda agregó el doctor, le llevaría al palacio de justicia para sentenciarle.

—Aun no, contestó Marieux, le daría la mano y le diría: contad con éste inútil amigo y servidor.

—¿A fe de cristiano? (preguntaron ambos.)

—¿A fe de caballero?

—A fe de cristiano y caballero, fué la franca contestación de Marieux.

—El abate y el Doctor se pasaron y el policía hizo maquinalmente lo mismo.

El primero presentó á los otros así ;

—Edmundo Dantes, Conde de Monte Cristo, el señor Marieux, jefe de la policia.

—Estoy á vuestras órdenes dijo el primero, prisionero ó amigo, como gustéis.

—¡ Cáspita ! exclamó Marieux, ¿ que comedia es esta ? Un verdadero golpe de estado. Marieux se sentó un momento viendo á los dos ; luego se paró filosóficamente, les tendió sus dos manos y dijo : Contad con este inutil amigo.

Pero tambien os advierto, señores, que jamás á persona alguna hubiera yo perdonado semejante comedia. Confieso que estoy vencido y convencido, pero en astucia me habéis ganado ; no os molestéis por mis palabras, soy franco. Contad con migo, soy vuestro amigo y servidor os lo repito.

Poco trabajo tenían los amigos de entenderse en la nueva situación, Marieux conoció su antiguo error con Monte Cristo, y éste trató hoy de grangearse la entera confianza de un hombre como Marieux, que tal vez podia ser tan útil. como peligroso. El abate conoció que las cosas iban marchando bien, y con los pasos que él había dado en el ministerio no dudó que tarde ó temprano tendría todo el mejor éxito á fabor de Monte Cristo.

Edmundo Dantes, Conde de Monte Cristo era inocente en todas las acusaciones en su contra, por todos los crímenes de que fué acusado, tan solo ejecutados por el ya sentenciado Benedetto, pero el triunfo debía ser más perfecto.

En todo esto estaba pensando el abate Farías mientras los nuevos amigos conversaron de diversos asuntos. De repente fueron llamadas todas las atenciones hacia otra novedad. Se paró un coche en la puerta y de él salió un individuo, dirijiéndose á esta casa. El abate abrió la puerta de la sala y se quedó frente al señor Conde de Xerez. En las presentaciones que fué ron hechas, se saludaron por sus nombres y títulos, excepto Monte Cristo que prefirió seguirse llamándo, Doctor Mundante.

El abate conoció muy bien á la persona que acababa de entrar, pero jamas había tenido la honra de tratarle y menos de recibirle en su propia casa.

Lo mismo le sucedió á Marieux. Le conoció de nombre y esle conoció la famo de Marieux. Todos los cuatro allí presentes, como hombres de mundo, encontraron muy pronto la conversación necesaria de pasar el tiempo. Muy pronto estaban todos bien al corriente en esas conversaciones de buen tono, animadas y acaloradas, sin decir nada de par icular y sin conducir á nada ; un mero pasatiempo.

Pero al cuarto de hora, no dudando los tres anteriores que el Conde tenía algo de particular que referir, siendo extraño en esta casa, trató cada cual de dar otro giro á la conversación. El mismo conde dijo : A proposito señor abate, yo soy empleado en el ministerio y he visto en los nuevos archivos un asunto vuestro, ¿ qué tal seguirá ?

—Casualmente, contestó el abate, si vos estáis empleado allí, tal vez lo sabréis mejor que yo.

Marieux y Mundante previniendo éste á propósito, se retiraron diplomáticamente simulando conversación interesante y apartada. Farías y Xeres quedarou solos.

—Yo, siguió el Conde de Xeres, tengo la satisfacción de deciros, que es asunto concluido.

—Me alegraría infinito si así fuera.

—Repito que lo es. La inocencia de vuestro protejido está reconocida, está fuera de toda duda que si él llegare á nuestros círculos, andaría libremente y con el debido respeto por la capital entera.

—¿ Puedo contar con vos en este caso ?

—Ciertamente que sí ; pero si me permitiéreis una pregunta.

—Cien en vez de una, contestó con el mayor placer.

—Decidme ¿ dónde está Monte Cristo ?

—Está en París cerca de nosotros.

—Señor abate, os digo en confianza, que tal vez mas que vos mismo, tengo yo el interes personal de encontrar á Monte Cristo. Tengo cuentas pendientes con él y trabajo casi en interes particular mio.

—Señor Conde, en este caso siento tener que deciros, que no vereis Monte Cristo. Yo tendré el interes de no presentároslo porque él es incapaz de abonar cuentas atrasadas, su estado financiero está como Reaumur, en hielo indicando cero.

—Va muy bien mi asunto, magnífico, dijo el Conde, frotándose las manos, así quiero yo á Edmundo Dantes ; su deudor soy yo.

—¿ Vos ? contestó el abate algo incrédulo.

—Si, yo mismo. Le debo en particular una cuenta conque salvó á mi suegro, y le debo capitales depositados por mi malogrado cuñado.

—No comprendo vuestros asuntos, pero doy fé á vuestras palabras y desde este momento somos aliados.

—¡ Acepto ! y se estrecharon las manos.

—Bien, ¿ queréis ver al Conde de Monte Cristo ?

—¡ Señor ! y ¿ lo tenéis acaso tan cerca ?

—En eso, señor Conde, tengo un poder mágico como el de Roberto el Diablo, á pesar de ser religioso ; llamo y aparece.

—El abate estaba muy risueño, pero el Conde de Xerez dudaba de la verdad de las cosas y hasta sospechaba de algún trastorno en el juicio del buen Farias, sinembarge dijo :

—Os lo agradecería

—Monsieur Marieux y Doctor Mundante, llamó el abate, tendréis la bondad de acercaros.

—Dichos señores se acercaron del otro estremo de la sala, y el abate continuó, ya con un mal disimulado buen humor, porque veía premiarse su buena obra, y dijo : —Señor Conde de Xerez, tengo el gusto de presentaros nuevamen al Doctor mundante, alias Edmundo Dantes, Conde de Monte Cristo.

--Señor, ¿ qué hacéis? intervino éste retirándose un paso, estáis representando una comedia muy indigna de vuestro hábito.

—¿ Qué os parece? preguntó el abate muy reído, dirijiéndose al Conde de Xerez

—Este se secó una lágrima y Marieux estaba en disposición de cojer su sombrero y paraguas verde, para salir de esta casa, creyendo que todos se habían vuelto locos. Los cuatro formaron un estraño cuadro.

—Yo soy Manuel el esposo de Julia y cuñado de Morrel, dijo el Conde de Xerez, cuando vió el presente cuadro, poseo fondos para vos Conde de Monte Cristo; he llenado con igual suma el pequeño saco que me dió Simbad el marino, poseo ademas el verbal testamento de Morrel; y finalmente los siguientes secretos de familia: Mercedes no ha muerto, vive decentemente, el culpable Benedetto fué castigado, vuestra propia reputación ante Dios y los tribunales mundanos está sana y salva, y por final vuestro hijo se salvó de las olas y vive, mas no he podido encontrarle todavía. Una cartera vieja fué encontrada......

—Mi cartera.... iba á decir Marieux, pero ni él dijo ni el otro siguió. Monte Cristo perdió toda su acostumbrada filosofía; con un "Dios es grande" se precipitó hácia el conde de Xerez y los dos se dieron un prolongado abrazo.

El buen abate Farias juntó las manos, elevó los ojos y dijo:
—*Vuelta y triunfo del Conde de Monte Cristo ó La Mano de Dios.*

CAPITULO XII.

CONTINUACION Y UN VIAJE A KRONSTADT EN RUSIA.

Las cuatro personas últimamente mensionadas, quedaron tan unidas y aliados en sus proyectos como los cuatro evangelistas en sus escritos, é igualmente á ellos, no se anticiparon en sus publicaciones, el tiempo iría ayudándoles en asuntos y detalles ante el mundo.

Marieux tenía en esta nueva situación la gran satisfacción de seguir jugando en dos ó mas cartas. Tambien ganó su sueldo en el empleo como en los negocios particulares. El Conde de Xerez pagaba bien á quien le servía, y Marieux no dejó de serle útil en varios detalles, por ejemplo en tener todavía ocultos los asuntos de Monte Cristo, solicitar el hijo perdido y otras cosas. Marieux iba á todas partes y sabía callar fué casualmente un aliado y amigo muy apropósito. Su cartera vieja otra vez en su poder, fué enriqueciéndose con mas geroglíficos. El sacerdote contento con todos los sucesos y fiel cristiano á la vez, incluía en sus oraciones á los nuevos amigos. Monte Cristo el héroe de los sucesos, conservó ante el mundo la faz doctoral; no descansó de solicitar por su hijo, é imposible podía ser feliz sin haberlo encontrado y haberlo atraído al hogar paterno, pero todas fueron inútiles diligencias. Desde que él

y Xeres (alias Manuel) volvieron á conocerse, fueron tan inseparables amigos, como ambos lo habían sido de los pobres Maximiliano y Valentina. De resultas de una mala nueva del Marques de Icaroff padre, residente en Kronstadt, resultó que con la mayor brevedad fué proyectado un viaje de Icaroff hijo, á Rusia, antes de la próxima muerte del primero, tal fué la voluntad de él y debía cumplirse. Todo hijo de noble corazón debe obedecer á las ordenes de su padre en cualesquiera edad ó estado, así pensó el joven y nada mas justo que Monte Cristo tambien fuera al país de sus esperanzas. Para esto los mismos pescadores no sabían si aquel señor noble que se había llevado al niño salvado, había sido polaco, ruso ó turco; pero Monte Cristo se había convertido completamente en buen cristiano con tantas particularidades que había visto, y se dijo: donde quiera está Dios y su misteriosa mano, rije las misteriosas coincidencias.

Los preparativos de viaje fueron cortos, fué tiempo de verano, y el sirviente que había calculado una pesada carga, respiró cuando le dieron solo dos pequeñas maletas, la del Doctor y la del Marquez, para el tren de París á Berlin. No hubo nada notable en el viaje y siguieron los dos de allí á Hamburgo, por mayor comodidad. En esta bella y rica ciudad cerca de las hermosísimas riberas del Elbe, se detuvieron los viajeros un día y se gozaron del Alsterpavillón y de un paseo en vapor á Blankenese. No fueron á la ópera, por creer más en la ópera parisience y por no perder el tren de la madrugada á Flensburgo y de ahí embarcarse.

Flensburgo conserva todavía un animado comercio de pieles y otros artículos rusos, de modo que no faltaban embarcaciones en este puerto y su golfo. Encontraron á un pequeño vapor que salía el día de la llegada de nuestros amigos, con muchas mercancías y pocos pasajeros. Después de una corta jornada atravesando el Ostsee, con escala en Bornholm, llegaron al siguiente día á Kronstandt.

—Que pocas son las aventuras en un viaje por estas tierras frias, se dijo Monte Cristo.

—No os quejéis de eso, contestó Icaroff, de seguro que al regresar hay más animación con solo dos ó tres pasajeros más.

—Ni debía pensar en más aventuras á mi edad, pero hasta la vida borrascosa se hace costumbre y el hombre acostumbrado al movimiento, se fastidia en la calma.

—En eso de la sangre fria y bendita calma soy yo muy ruso, señor Conde; para mí no hay mayor gloria que recostarme de una butaca, si posible poner los piés en la mesa de enfrente y mirar el humo de mi cigarro, formando grandes proyectos en favor de.. digamos de todos; uno no debe ser egoista.

—Solo así puedo figurarme vuestro incomprensible caracter ruso, lindando con Europa y sus ideas humanitarias que tienen hasta sociedades en beneficio de los animales, luego el

Sureste, el Asia con sus grandes obras persas y chinas, y lindando por el Estrecho de Bering con América y su libertad hasta en el modo de sentarse.

--No se puede negar, contestó Icaroff, que sois un grán filósofo; de la menor palabra sacais un discuroo y partidos para largos debates.

—Que queréis, dijo Monte Cristo, somos de las tierras de Dios, de los poéticos jardines de Europa, que son Italia y Francia.

—A propósito, eso mismo decía mi padre de mí, que mi cuna no era Rusia, sino los poéticos jardines del Sur. Yo comprendo que habré acompañado á mis padres á Italia y á Francia ántes de nacer.

--¡Qué idea tan estravagante! observó Monte Cristo muy reido, como igualmente se había reido antes Icaroff por la filosofía del otro. Entre tanto habían llegado á tierra y un pequeño coche tirado por un alto y fuerte caballo los llevó á todo escape por las tres calles á la magnífica casa del anciano Marques de Icaroff, viudo desde muchos años y sin más familia que el joven que venía en este momento, acompañado del Conde de Monte Cristo.

Durante esta primera ausencia de unos tantos días, trató la novia, Zoila, de distraerse con las ocupaciones caseras. que en tan buen humor siempre conservában á su señora madre, y logró con el trabajo vencer la apatía del fastidio ó del "dolce farniente" que en veces alaban las italianas, pero que jamás gusta á las francesas de trabajo.

Mercedes ó la Marquesa de Bois y Alberto no debían saber nada de la aparición de Monte Cristo, por no saber si le tenían estimación ó solo el interés de verle, aun fué de temerse que Alberto le odiaba. Monte Cristo había tenido el cuidado de no haberse visto con ellos y al jóven Icaroff, que tenía un caracter tan franco, le fue difícil callar este primer secrteo ante su amigo Alberto, ó Bois, como todavía acostubraron llamarle.

CAPITULO XIII.

DOS PADRES Y UN HIJO.

Nuestros huespedes estaban en Kronstadt en la lujosa casa de Icaroff perfectamente bien alojados. Al amigo del hijo de la casa nad le faltaba, nada más que lo principal, saber de su hijo.

El dueño de la casa, un ansiano muy bueno y muy caballero, tenía ya noventa años de edad, y estaba postrado en una cama, tal vez en su último lecho; pero no por esto dejó de tener un alma joven.

La llegada de Monte Cristo le fué un verdadero placer, porque casualmente al anciano Marques le faltaba un hombre científico para discutir con él. Ahí se trataba de conversaciones acaloradas de artes, ciencias, filosofía, religión y muchas otras cosas.

Como el enfermo tenía bastante fuerza corporal todavía, apesar de su edad, y bastante fuerza de voluntad, se sentaba en

veces Monte Cristo cerca de su cama, hasta media noche á disputar sobre el último planeta de Herrschel, del movimiento mineralógico del interior de nuestro globo, de la superioridad de Rafael ó de Rubens; de Bonaparte, Pedro el grande, Leon X y Voltaire, y con tristeza observó Icaroff hijo, que su padre era discípulo de éste último y muy libre pensador.

Monte Cristo defendía la sana religión.

—Las constantes desgracias, dijo él, me hicieron renegar del cielo y de su infinito poder; asi fue, yo mientras tal vez otros, mas pobres de espíritu, recordaban en las desgracias al Padre Nuestro olvidándole en su gloriosa vida de fortuna mundana, así sucede.

—Estamos de acuerdo, contestó el enfermo, muy de acuerdo, yo ni en la fortuna ni en la desgracia me acuerdo de semejante ser; ¿y para qué? si deveras existiera muy bueno y muy santo, aun no creo en tales sermones, y suponiendo, qué le importarían mis rezos y lamentos, mi fé ó mi incredulidad? El mundo siempre giraría de la misma manera sobre su eje y así toda la naturaleza, movida por su propia fuerza.

—Permitidme que agregue algo señor Marques, yo dije que muchos no creen y yo en mis desgracias no había creido: mas hoy he vuelto á creer en Dios y en el destino.

—¡Oh! ¿asi es? pues, pobre amigo; desconfiad en la fértil naturaleza, confiad en Dios y vereis vuestra triste situación.

—Lo dudo; al ménos debe estar uno persuadido que hay momentos en que hay combinaciones como por una mano invisible, que de tiempo en tiempo parece salir visible desde las nubes.

—¡Oh, oh! ¡que estravagancia de ideas!

¡Que poesía! En fin quedaremos mas bien con el mundo positivo.

Nada de nubes y humo, estos se los lleva el viento.

—Muy bien, señor, convengo en que toda la mayor parte de mi vida he sido muy materialista; con mis conocimientos y mi dinero he logrado mucho, muchísimo.

—Este es el modo de vivir, si señor, nada de fantasías, positivismo todo, asi es.

—¿Y si me hubiere muerto en medio de mi opulencia?

—Ah, entonces distinto fuera, todo hubiera concluido.

—¿Y el alma también?

—¡Que alma, ni alma! Al creer en un alma hubiera que creer en Dios y eternidad y saldríamos de nuestro tema otra vez.

—Conque ¿no hay alma tampoco? señor Marques, nos hemos hecho amigos, pero siento que solo un milagro os haría creer en todo lo dicho.

—Convengo; diré como los Isrraelitas por solo un milagro creería; conque amigo Conde, vamos con su Mano de Dios.

Monte cristo contó muchos episodios de su vid para convencer al buen anciano, á todo puso mucha atención pero

sin fé en los misterios divinos. Al contrario, el moribundo Marques, fiel discípulo de Voltaire, por poco hubiera convencido nuevamente al Conde de la verdad de sus ideas naturales. Todo lo llamó "Milagros de la naturaleza" y "combinaciones muy lógicas."

Mas le dijo el Marques para mas desconsuelo de Monte Cristo que si no le fuera presentado su hijo perdido, nunca le haría creer en milagros divinos. No comprendo, le agregó, cómo podéis creer con ciega fe no viendo al hijo á quien solicitáis. No mi amigo, fantasias, fantasías es lo que estáis soñando. Un hombre científico, de una nación americana, joven, dijo: "todo en el mundo es mentira, solo la muerte es verdad." Así es como se habla y con estas ideas he mandado por mi hijo. Esta planta cae y nuevas plantas se elevan, así es la fertilidad de la creación desde el hombre, hasta la planta. ¿Y vos, señor Conde, podéis deveras creer que un Dios invisible vaya á dirijiros con su diestra mano por un basto territorio como este, para presentaros á vuestro hijo, entre tantos millares de habitantes? No, esto no puede creerse.

—Señor Marquez, contra todo vuestro discurso nada tengo que decir; todo es muy lógico lo que decís, pero ¿qué queréis? yo no puedo dejar de creer en lo que os he manifestado.

—Y suponiendo de encontrar á dicho joven, ¿cómo lo conocéis?

—Le conozco, porque cuando muy niño jugó con un puñal de la madre que fué oriental, y usaba de tales armas. Con él se hizo el niño una cicatriz eterna.

—Hombre, esto va de romántico en romántico. En tal caso tendríais que pedir al Zar una patente para revisar brazos y piernas por todo el imperio.

—Señor, os repito, que tengo fe en el destino.

—La tendréis vos, pero yo no.

—Aceptáis un trató?

—Supongo que sí ¿cuál es?

—De participar de mis ideas si en verdad encuentro á mi hijo

—Aceptado, ah! ah! ah! sin duda, y de todo corazón si lo encontrais creo en Dios!

Le alcanzó su temblorosa mano, la que el Conde todavía lleno de vida tomó entre las suyas. Luego le ayudo á levantarse y le dió una bebida alimenticia que pedía.

Asi quedaron los asuntos anteriores y en los días que signieron no pudo hablar mucho el Marques, ni discutir, por la debilidad que sintió. Icaroff hijo y Monte Cristo rara vez abandonaron el lecho del anciano y éste mandó nuevamente á llamar á un notario para concluir sus asuntos mundanos, eso no fué difícil; solo un heredero había y varios fondos destinados á las escuelas y a los pobres de aquel lugar.

Solo un punto había allí algo oscuro:

El Marques no conocía hijos, y declaró que su esposa jamás había tenido; pero éste hijo adoptivo le había sido confiado desde muchos años.

—¿Y quien os lo confió preguntó el notario despues de haber terminado toda escritura.

—¿Quien ha de ser? unos pobres, y jamás hubiera sabido el nombre del niño si él no me lo dice; pero no es verdad hijo ¿que siempre has sido tratado como hijo mio?

—Padre mio, quien lo duda, le dijo Icaroff abrazándole.

—Talvez tu mismo no te acordabas de eso, ¿y no es cierto?

—Hoy remotamente me acuerdo de algo, contestó el otro, pero creí siempre, ser hijo vuestro, contadnos los detalles si podéis padre mio.

—Aun adoptivo te quiero mas que si fueras sangre mia. Dejadme recobrar las fuerzas señores.... hay poco que decir... y es lo siguiente. Unos pescadores.... por allá.... por Italia ó Francia........ se me vá la memoria...... te salvaron de un naufragio, nada mas.... Edmundo hijo mio.

—¡Edmundo! ¡Pescadores! ¡Italia! ¡Naufragio!.... gritó Monte Cristo; oh Dios, no me abandones en este instante. Joven Icaroff ¿tenéis alguna cicatriz traspasada en la parte arriba del brazo izquierdo?

—En efecto que sí, contestó este admirado, y desnudando el brazo izquierdo.

—Oh Dios, mi hijo, dijo Monte Cristo abatido por tanta emoción inesperada y abrazándole. Tu pobre madre te bendecirá desde el cielo en este momento supremo.

Pero al mismo tiempo notaron que una emoción, superior á sus fuerzas, se había apoderado del anciano moribundo, que á todo había seguido con la vista y con el alma; había estado sentado, sólo con la fuerza de su voluntad, pero ya no pudo mas. Suave cayó recostado en las almohadas, cerró los ojos para este mundo y con la cara mas risueña fueron pronunciadas sus últimas palabras:—"Os bendigo, os bendigo, hijo, padre.... yo creo.... oh Providencia.... mano de Dios, amen.

CAPITULO XIV

EL REGRESO Y SUS AVENTURAS.

Poco tiempo bastó para los funerales del buen Marques de Icaroff, padre. En los primeros ocho días se liquidaron también todos los asuntos pendientes, dejando todo, con el mayordomo, y la fiel servidumbre, como había estado antes y gratificando á todos por sus buenos servicios. Luego se despidieron el Conde de Monte Cristo y su hijo Edmundo Dantes, Marques de Icaroff, otra vez para su Francia, llevando de Kronstadt, tan gratos recuerdos.

Siempre estan las espinas al lado de las rosas, y así también en este viaje de regreso. El firmamento no parecía estar de acuerdo con tanta felicidad como la que llevaron

consigo los viajeros; y además se presentaron algunos inconvenientes personales, que dieron otra vez motivo que Monte Cristo pensase en premiar y castigar, como había estado acostumbrado de entretenerse cuando tenía de treinta y cinco á cuarenta y cinco años. El Conde y su hijo se embarcaron en un bergantín ruso, llamado "Romanoud" en dirección á Koenigsberg en Prusia. La jornada fué corta pero por falta de buena brisa tuvieron que cruzar, luego hubo viento contrario y la mar tempestuosa hizo marear á varios.

Pocos pasajeros iban, pero entre ellos una Baronesa de Eskwald, vestida de luto, llevaba hasta guantes y abanico negros. Con ella iba su joven hijo. Viéndoles Monte Cristo recordó sus anteriores relaciones con el Baron de Eskwald. El Conde se acercó como en años anteriores lo había acostumbrado, á saludar á la Baronesa con el mismo cariño de siempre é igual respeto; pero la anciana señora le dejó la mano estirada, usando una extraña cortesía y frialdad, coqueteando con el abanico; que no dejó el Conde de extrechar como si fuera una mano humana. Preguntando el Conde á esta señora por su esposo comprendió en la contestación el desprecio absoluto por ésta noble dama.

Estoy de luto, dijo ella, por mi esposo; y vos, Conde, no aparentáis ser una nobleza, tan arruinado como antes, ¿ pobre y despreciativo

—No señora, contestó él humildemente, he podido ganar unos francos para comprar ropa.

¿ Cónque ganáis unos pocos francos ? hum; comprendereis sin duda, señor, que habiéndome dejado, mi esposo, el Baron una buena fortuna, debe haber cierta distinción entre vos y yo.

—Sí señora, sin duda, así lo comprendo.

--Y nuestra casa, agregó el señor de Eckwald (hijo) no dá ni permuta fondos sin las garantías necesarias. Icaroff comprendió á este insultante desprecio.

--Siento deciros lo mismo, agregó la respetable matrona, y si vos, Conde, necesitáis recursos, haríais bien de dirijiros á otra casa.

--Sí, señora, y me dispensaréis de haberos saludado, siguió el Conde, mas su miso aún.

—Está bien caballero, y con una señal del abanico dió la señora por terminada la entrevista. Luego cuando Monte Cristo y su hijo caminaron sobre cubierta, preguntó el primero:

--¿ Has oido ? ¿ No es verdad que es un caso que merece ser castigado ? ¡ Qué infamia !

—¡ Qué infamia ! contestó el segundo, ya yo estaba por castigar á ambos; á madre é hijo.

No hay que precipitarse uno, á su tiempo entraré en mis arreglos de costumbre.

—Un rayo iluminó cruzando el firmamento, á las embravecidas olas y la tempestad fué inevitable. Dos personas encontró Monte Cristo en este viaje que fueron unos verdaderos ca-

balleros, tanto en su trato franco y honrado como en conocimientos científicos, y con ellos tenía, en medio de la tormenta, los ratos mas placenteros que pudo esperar en esta corta travesía; fueron un rico ingles: Mister Sailingsrock, mecánico y jefe de una compañía británica, y un aleman: Doctor Kneipenheld, uno de los primeros literatos, artistas germánicos á la vez de ser capitalista.

A los tres días llegaron, habiendo vencido al fin los contratiempos; y en Kenigsberg se separaron los tres amigos de viaje.

Monte Cristo y su hijo pensaban ir de ahí á Berlín y seguir á Paris; pero de buenas á primeras tomaron otro rumbo; cosas de Monte Cristo. Paseándose ellos por la ciudad en un "Allée," pequeño recreo cercado de árboles, les llamó la atención una bonita fonda con inscripción francesa: "Jaquel Martinon, hotel francais." Resolvieron entrar mas por el patriotismo que por el deseo de tomar cerveza. Ahí había ciertamente un buen café frances y lo demas que le corresponde; varios huéspedes habían allí en las mesas redondas, pero á los nuevos llegados les llamó la atención, no tanto el buen servicio de los dependientes que alegremente despachaban, sino la tristeza de los amos de la casa; él agachado sobre el mostrador, sujetándose la cabeza con las dos manos, y ella con el pañuelo de batista secando unas lágrimas.

—Quiero seguir tomando apuntaciones de viaje, dijo Monte Cristo á su hijo, quedate tú acá.

—¿Y qué? preguntó Icaroff alegremente ¿pensais acaso componer las cabezas de los prójimos, quitando á el uno los codos y á la otra el pañuelo?

—Tal vez ¡veremos! y se acercó hacia los dos. Hablando luego en su idioma á los posaderos y como cada frances es jovial con los paisanos, pronto supo la causa de la aflicción actual.

Uno de los hijos de ellos se había casado con una hija de unos nobles arruinados, pero antes de haber dado el paso había tenido formalmente que renunciar á sus padres, indignos ellos de ser consentidos entre la nobleza de Francfort, primero por ser plebellos y luego por tener un pobre negocio de mostrador. El joven Pierre Martinon, locamente enamorado de Catinca von Franc, prometió todo, Todo eso habían podido soportar los padres, deseando que su hijo estuviese feliz, pero hoy estaban ellos desde tres días en Koenigsberg sin haber siquiera preguntado por sus padres y ese fué el motivo de una nueva tristeza.

—Allí van, casualmente, dijo la señora, al ver pasar una caleza con un elegante par.

—¿A donde irán? preguntó Monte Cristo.

—Sin duda al tren dijo el posadero, y luego á Fracfort, sin decirnos adios y sin saludarnos.

—Tendreis á vuestro hijo, os lo prometo, dijo el Conde.

—¿Cómo? preguntaron los posaderos.

—Voila messiur mi tarjeta, y dejadme seguirles. Al año asunto concluido. ¿Como estais de negocios?

—No puedo quejarme aún ocupo una posición inferior.

—¿Pero quien sois vos agregó la señora, que había leido la tarjeta, ¿sois vos aquel buen Conde que ha castigado y premiado á tantos?

—El mismo, ¿y que hay? ¿me teneis confianza ó nó?

—Entera confianza, dijeron los dos, mandad como gustéis, ¿vuestra visita? ¡Qué honor para nosotros!

—Bien, entonces, mando que observais hasta mi regreso un silencio absoluto de nuestra entrevista y que admitís un socio capitalista sin decir quien soy yo.

—Vos no podeis desearnos algún mal, estamos á vuestras órdenes.

—Consolados quedaron ambos al despedirse de Monte Cristo, y acercándose él á Icaroff que entre tanto tranquilo leyó periódicos, tomando café y fumando, sin acordarse de más mundo le dijo: Ved á aquellas cabezas, de codos y pañuelos quitados.

—¡Ah, padre mio! contestó el segundo, sois el mismo Monte Cristo de los milagros antiguos, ¿y cómo, qué habéis hecho con ellos?

—Es poco todavía, tengo mucho que trabajar, vamos á Francfort en seguida.

—¿Cómo, á Francfot?

—Es necesario. Después iremos á París. Más que nunca estoy convencido que el que obra con justicia es un instrumento de Dios.

—¿Y de que se trata? preguntó el joven.

—Lo verás. Condición nueva: ante el mundo debemos seguir la comedia de Mundante é Icaroff, y vamos, luego te contaré de que se trata.

—Tras bien, estoy pronto.

Fueron con toda velocidad del cochero al ferrocarril, y á última hora para sacar billetes á francfort. Lograron conseguir puestos cerca de Pierre Martinon y esposa. Naturalmente pudo lograrse muy pronto una conversación con la libertad acostumbrada en los viajes.

Pierre Martinon á pesar de ser hijo de simples negociantes, había sido creado aristocráticamente, tenía un trato franco y atractivo; la esposa carecía de todo éso, y tenía en recompensa muy buena presencia y un tono tambien muy aristocrático, pero despreciativo.

Muy pronto comprendió el Doctor Mundante que pierre estaba bajo las ordenes de su esposa y su familia. Fué una lástima, y tan luego que Mundante (cómo debe llamarse Monte Cristo otra vez) había comprendido que Martinon, hijo, fuese joven de muy buen fondo, de talento y otras buenas cualidades, resolvió seriamente su plan.

Además llegó á saber en las conversaciones pasajeras, que el suegro era, junto con Pierre, jugador de la bolsa; y se pro-

puso sostener esta conversación ventajosa, diciéndole Mundante, que casualmente él y el Marques de Icaroff habían hecho su fortuna en éste mismo negocio de la bolsa.

E entuciasmo de haber encontrado unos compañeros del mismo juego, fue tanto, que al llegar á Francfort tuvieron el Doctor Mundante y el Marquez de Icaroff que tomar posada en la lujosa casa de los esposos y su familia.

El suegro de Pierre tenia la fama de ser una nobleza arruinada, pero nadie sabía sus cuentas, porque el lujo fue siempre el mismo.

Pierre Martinon fue un joven mil veces mas práctico en todas sus operaciones, y tal vez hubiera especulado en el banco con los pocos miles de francos que su padre le había asignado, si no hubiera sido por la loca cabeza del noble suegro, que no gustaba ver al yerno rebajarse á trabajar personal é inferior.

Temprano al día siguiente y antes de partir, habían convenido Martinon, Mundante é Icaroff en especular en sociedad; dejando al señor suegro trabajar por su propia cuenta. Mundante quedó como financista en el negocio y socio activo, Icaroff capitalista pasivo que abonaría sus cuotas y Martinon sería el ejecutor de las jugadas, él iría pidiendo ó abonando según la suerte en pró ó en contra de todos.

Se despidieron como los mejores amigos.

En el viaje para la estación dijo Monte Cristo á su hijo:— Es una lástima que tenga yo que arruinar al pobre Martinon hijo.

—¿Y qué, queréis hacerle mal?

—Es necesario, pero se salvará.

—Nuestros dos viajeros siguieron su viaje de reposo.

De Francfort á la capital de Alemania fueron en pocas horas.

Con ellos de Berlin á Paris iba un Lord Whitegough, que fué hombre bastante popular y rico. El tenía sus caprichos, como buen inglés, y su caracter fijo en ciertas ideas que nadie le quitaba de la mente. Con pocas palabras que Monte Cristo, hoy Doctor Mundante, había cambiado con el Lord, en buen idioma inglés, comprendió que era un hombre peligroso. El caso fué el siguiente: Lord Whitegough fué desde años anteriores muy amigo del verdadero Lord Wihuore, y como Monte Cristo se había llamado varias veces "Lord Wihuore" estaba su amigo furioso, por tal usurpación de título y nombre británico.

—Monte Cristo es un loco, tengo ésta idea y la conservo; yo soy ingles y no cambio de pareceres, así decía Lord Whitegough, ¿sabéis lo que quiere decir usurparse el nombre y el título de mi amigo Lord Wihuore?

—Cuidado, mi respetable Lord, contestaba el Doctor Mundante, París es muy vengativo; puede pagaros con igual moneda.

—¿Cómo con igual moneda?

Que así como juzgáis loco á otros, pueden decir los parisienses, que vos sois el loco.

—Un balaso á quien me lo dice.

—Pues señor, dijo Mundante, lo mejor será decir como vos, que Monte Cristo es un loco.

—Ciertamente y llegando á París afirmo más que Monte Cristo fué un loco, ó lo es, si está vivo.

—Vivo está, Mi Lord. pronto lo conoceréis. Hemos llegado. Os repito sed prudente. París defiende á Monte Cristo.

CAPITULO XV

EL CONDE DE MONTE CRISTO TRABAJA

El tren llegó. El Conde de Xeres, la Condeza y la hija fueron al encuentro de los dos; por telégrafo y cartas habían sabido los pormenores de los diferentes puntos, y esta buena nueva, la transformación de Icaroff en Monte Cristo hijo, fué una felicidad tan perpetua en las varias familias, que trabajo costó tenerlo por secreto; las familias fueron inseparables. Pero ante el mundo debía cada cual conservar su incognito todavía, hablando de Icaroff y del doctor Mundante. El abate participó de la alegría general, y hasta dijo:—temo alguna desgracia porque tanta felicidad en seguida me hace recordar el anillo de Polícrates por Schiller. Con las únicas personas de la casa que tal vez debía guardarse un poco de reserva también, es con madama Bois é hijo.

—A su tiempo sabrán todo, dijo Monte Cristo, primero tengo que trabajar algo para recuperar mi antigua reputación. Estoy ahora como un artesano,, que ha hecho su obra maestra, pero como ésta se ha perdido, ningún maestro quiere darle trabajo hasta que presente otra obra que sea de igual mérito y de acuerdo con la época; el siglo diez y nueve es exijente.

El trató sobre todo de encontrarse con Marieux para los informes vacantes su propia persona y al saber que su causa iba como barca veloz con viento en popa estaba tranquilo. Casi podía decirse que Monte Cristo podía con toda confianza presentarse con su verdadero nombre; y esa fue una de las exigencias de Xerez, del abate y de Iaroff, pero Monte Cristo protestaba en absoluto contra tales precipitaciones: Tengo varios trabajos de importancia que hacer, á favor de varios y al concluír con éllos, me prestaré.

Vosotros todos sabeis, que siempre he trabajado mas para el mundo que para mí mismo: tengo que correr un Lord de París á Londres, tengo que castigar una baronesa y su familia, unir dos familias desunidas despues de arruinar á la una, tengo que elevar á un pobre joven para premiar á su padre, hacerme amigo con uno que metiene odio y premiar despues de todo á una martir.

Monte Cristo, estáis volviéndoos loco devéras, decía Xerez riéndose, tantas cosas así no se hacen en un año.

Padre mío, decía Iaroff, tranquilizaos y dejad correr á los nombrados.

Mi amigo decia el abate, si todo lo referido está de acuerdo con nuestra santa religión cristiana, podeis hacer lo que os place, pero cuidado con castigos sin premios.

—Yo, decía Marieux soy un estúpido ante tantos problemas, lo único que digo, es, que si antes fué mi enemigo el Conde de Monte Cristo, hoy soy orgulloso de poderle servir.

—Os he dicho que tengo que trabajar honradamente y á propósito, señores, dijo Monte Cristo, necesito á Marieux para empezar mis trabajos.

—Lo dicho, dicho, á vuestras ordenes estoy, contestó Marieux.

—¿ Sabe vuestro hijo Félix mi verdadero nombre ?

—Ni mi muger ni mi hijo, saben ninguno de vuestros nombres. Son asuntos exclusivamente mios.

—Iba á deciros que ante ellos soy el capitan Herbert. Quiero proponer á vuestro hijo un brillante negocio, ¿ queréis convenir ?

—Señor, desde nuestra primera entrevista he quedado torpe ante vos, hasta mi oficio lo voy olvidando por falta de trabajo, pero lo que es mi hijo ¿ como no he de aceptarlo ? y con un millon de gracias.

—Apropósito otra vez Monsieur Marieux, tengo trabajo para vuestro oficio. Esperadme en vuestra casa y ahí trataremos tambien de los pormenores del joven Félix.

En la tarde de ese mismo día y en la casa de Marieux siguió el diálogo de Monte Cristo con él.

—¡ Señor Marieux !

—Señor Conde de........

—Soy el capitan Herbert, aquí tenéis mi tarjeta, y se la entregó.

—Otra vez fué Marieux vencido ante tanta astucia, cuando se decía el : ¿ tarjetas falsas ante un inspector de policía ?

Monte Cristo se sonreía ante el compromiso de Marieux.

—Quiero premiar vuestros buenos servicios, dijo, hechos á mí en particular, elevando hoy á vuestro hijo, superior á vuestros propios esfuerzos. Primero hablaremos de vuestro oficio.

—Oh, si así me gusta, alguna buena nueva ; y Marieux se frotó las manos.

—En el tren de Berlín vino ayer un inglés un señor Lord Whitegongh, muy rico, pero loco, maniático y peligroso.

—¡ Qué decis ! Marieux empezó con algunos apuntes en su cartera.

—Es cierto anotadlo ahí : " Lord Whitegogh, loco tranquilo, pero al primero que duda de su sano juicio, le aplica un balaso, anda de revolver ; necesita un espia de confianza y ser remitido por primera oportunidad á Londres. " ¡ All right !

—Consta ya todo en mi libro y será ejecutado al pie de la letra. ¿ Como es él ?

—Es un señor arrogante y cortes, de trato agradable y á la vez aristócrata : es alto, delgado, de nariz aguileña, pelo blanco, patilla pequeña y recortada, sin bigote ; viste de negro, sombrero alto, paraguas de seda y su sobretodo, generalmente en el brazo izquierdo. Por nuestros mejores paseos se detiene, observa con el vinóculo, apunta algo en su cartera y se va pensativo.....

—Ya comprendo, porque es loco.

—Así es, ya le conocéis, ¿no es cierto?

—Perfectamente,

Monte Cristo, hoy capitan Herbert, manifestó que había conocido en Koenigsberg á un buen amigo y paisano, muy necesitado de un socio. La honrada familia "Jaques Martinon" estaba bien, pero trabajaba con poco capital ; él había calculado de proponerles un muchacho, listo para eso, socio de Martinon, y ninguno sería más apropósito que Félix Marieux, un joven aprovechado y de honrrados padres.

Marieux se impacientaba, diciendo al fin, que sus propios fondos tal vez no bastarían para tales proyectos ; pero Monte Cristo ofreció sin ninguna garantía un credito de tres á cinco mil piezas de á cinco francos.

En aquel momento entraron la mujer y el hijo de Marieux y despues de referir nuevamente el caso ante ellos, no hallaron como dar las gracias al capitan Herbert, que tenia dinero en caja y tan solo quería ponerlo en giro en manos de un joven honrado y apto para el caso.

Al mes estaba la casa de Martinon en Koeingsberg transformada, fue casa fuerte comparada con antes, fue mitad almacen de viveres por mayor y al detal y mitad el botiquin del mismo estilo anterior con mas lujo.

Monte Cristo habia escrito á J. Martinon, encargándole mucho que su nombre ante el nuevo protejido debia ser Capitan Herbert, todavía no debía sonar su verdadero nombre.

La nueva firma fué "J. Martinon y Compañía," y siguió de tal modo que antes del año, fué una de las mas fuertes y mas acreditadas casas en Koenigsberg.

Luego, ó despues de un cierto tiempo, que esto estaba ya arreglado había ya empezado con pequeñas remesas al señor Pierre Martinon á Francfort ; y Monte Cristo, viendo que desde el principio no pudo cumplir dicho joven con él, se dijo : así va bien, cuando sea un deudor arruinado, lo pondré por otros escalones ; que siga la marcha. Pierre Martinon no conoció á Monte Cristo, sino tan solo á un Doctor Mundante, socio capitalista del mismo Pierre. Ahora tenía Monte Cristo un nuevo proyecto ; él quería arruinar igualmente al hijo de la Baronesa Eckwald, para tener á ambos en sus manos. El joven baron poseía capital todavía y sería difícil arruinarle por completo ; tan solo quizá entablando una correspondencia entre el baron y Pierre.... pero para ésto, ellos dos se conocían y el baron y su señora madre conocieron á Monte

Cristo por su verdadero nombre. Lo único que Monte Cristo sabía fué, que ambos, tanto P. Martinon como el Baron Eckwald fueron atrevidos jugadores de la bolsa, y en eso se fundó.

Para la Baronesa y su hijo fué Monte Cristo un pobre arruinado, no conocieron su letra, ni serían nunca capáz de creer que el rico Doctor Mundante, desconocido para ellos, pudiera ser el mismo Monte Cristo, pobre. Así fué que el Doctor Mundante escribió á Pierre Martinon que tratara de conseguir relaciones con el joven Baron Eckwald de Hamburgo, un rico aspirante en la bolsa y á la vez prometió de ayudar siempre con los fondos necesarios si este rico Baron entrara en la misma sociedad de ellos. El (Mundante) había conocido mucho al padre de dicho joven y le escribía diciéndole eso mismo y animándole.

P. Martinon ya comprometido con cuentas particulares propias, acojió con sumo placer éste nuevo áncora de salvación metálica.

El Doctor Mundante escribió enseguida una carta muy esplícita al Baron Eckwald, refiriéndole las anteriores relaciones con su señor padre, proponiendo á la vez al señor P. Martinon como un famoso y agil especulador, pero deseando trabajar en sociedad con un joven de su edad y el (Mundante) habría calculado que solo el señor Baron y el señor P. Martinon debían trabajar en sociedad en las especulaciones de bolsa, porque el (Mundante) ponía á la disposición de P. Martinon la suma de diez mil Thaler, con la sola condición que éste trabajara en sociedad con otro capitalista, no dudando de triplicar sus fondos en muy corto tiempo.

Al fin, con idas y vueltas de cartas logró el Doctor Mündante negociaciones entre los tres.

Es claro que Monte Cristo no descuidó, á pesar de sus nuevos trabajos, las atenciones de familia, aun siempre ocultando su verdadero nombre bajo el de Doctor Mundante.

Su hijo, Edmundo de Icaroff, le decia: Padre mio, estais declarado caballero ante los tribunales, ¿que os importa todavia que la unanimidad os tenga por otro? ¿Que motivos hay?

—Es todavia necesario, hijo, porque mi fama ha rodado muchisimo y así de repente no se borran las preocupaciones, así le contestó; tambien está allí aquel Lord Whitegougr, que ha regado, ser Monte Cristo un loco, pero gracias á mis precausiones, él mismo se ha usurpado éste título de loco y pronto se marchará, aburrido, á Londres; y otras causas más son la Marquesa de Bois y su hijo.

—Hablémos claro, contestó Icaroff: son mis amigos Alberto y Mercedes, su señora madre; ¿de ellos se tráta, no es cierto?

—Ah! ¿él te ha contado?

—Todo me ha contado. Hay de mi pobre madre, que no recuerdo, debe haberos amado bastante, pero no menos

Mercedes, élla siempre fué vuestra amiga á pesar del caracter de hierro que habeis tenido.

—O que tengo, dirás, porque actualmente estoy ejecutando unos planes diabólicos, pero religiosamente.

—Bien, yo comprendo, y no lo dudo, pero lo que quiero deciros, es, que tanto Mercedes como Alberto son vuestros amigos, y los nuestros.

—Está bien ; seguiremos con este tema otro día.

Luego se encontró Monte Cristo sólo con Julia de Xerez.

—Señora Condesa, feliz encuentro, le dijo él, rara vez nos encontramos á sólas.

—No será quizá tan casual, contestó élla, ¿ no creéis, que os he buscado, para preguntaros una cosa, señor Conde de Monte Cristo ? digo : Doctor Mundante, iba á decir : Edmundo Dantés, ó Capitán Herbert, no : Joseph Montes.

—Señora, por Dios ; y ambos prorrumpieron en carcajadas.

—No, pero francamente, Conde, siguió ella hablando con seriedad ; en vuestra vida anterior estabamos acostubradas á precauciones, locuras, aventuras y cambios de nombres ; pero hoy á vuestra edad madura y seguridad personal, que no os falta, no es lícita tal comedia·

—¿ Y por qué viven otros con nombres fingidos, teniendo ménos motivos para tal proceder ?

—¿ Quiénes, Madama Bois é hijo ?

—¡ Exactamente !

—Ellos poséen legítimamente el Marquesado de Bois.

—Y sus nombres anteriores ?

—Nada importa. El todo es un ridículo ; vos conocéis á ellos y no queréis que os conozcan.

—Tengo otras razones más.

—¿ Cuales ?

—Unas tantas intrigas ó mejor dicho, trabajos que estoy concluyendo en bien.

—Pero Conde, dijo ella admirada, todos creíamos en vuestra tranquilidad y vida religiosa.

—¿ He castigado yo á mis semejantes alguna vez sin fundado motivo, y no he premiado siempre á la virtud ?

—Sí, pero habeis sido muy tremendo.

—Asi estoy en este momento, viejo y quieto, y antes de concluirse el año, diré : si Dios quiere, veréis arruinados á jóvenes ricos, rebajadas en humillación á mujeres orgullosas, cuerdos vuelto locos, y....

—Callad, por Dios, yo creí en vuestra buena religión y veo que estáis diciendo blasfemias contra Dios ; solo la mano de él puede premiar y castigar.

—Justamente, pero nada directamente, ¿ no sabéis que todo ser humano es un instrumento en manos de Dios ?

—No nos entendemos, asi es....

—Permitidme Condeza, dijo Monte Cristo muy risueño, Dios me ha vuelto mi capital y hoy comprendo la bendición

que es el dinero, ser pobre es una desgracia, lo sé por experiencia, y solo el rico si es hombre de bien, puede alzar la vista con orgullo si sabe emplear sus bienes en favor de la humanidad doliente; y éste es el motivo que pronto me veréis alzar la frente y haciendo bien. Los jóvenes arruinados volverán á tener y entonces serán virtuosos, las damas orgullosas despues de pobres serán felices y los locos serán cuerdos al llegar á Londres; ese Lord mi buen amigo....

En aquel momento sonó un tiro por la calle cerca de la ventana donde ellos estaban, Monte Cristo no había acabado la frase. Hubo un pequeño movimiento cuando también el Conde de Xerez había entrado y acercádose á ver por la misma ventana.

—¿Señora Condesa, preguntó Monte Cristo, ved ahí, la mano de Dios conoceis ahora que está con vuestro servidor? Aquel es el loco de quien os hablé en este momento.

Los tres vieron á Lord Whitegough disputando en mal francés con monsieur Marieux por una leve herida que tenia un espía que siempre le había seguido á cierta distancia. El Lord le aplicó un balazo.

—Este hombre, decía Marieux, está puesto por mí á vigilar vuestros pasos, señor Lord, porque sabemos que sois un hombre peligroso.

—¿Quien dice eso? preguntó él indignado.

—Muchos, y especialmente uno, contestó Marieux.

—¿Quién? quiero saberlo, siguió el Lord furioso.

—Dicen que sois un loco.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice —Marieux se le acercó, y le dijo al oido: —el Conde de Monte Cristo.

—Está bien, dijo el Lord sumamente tranquilo, tomad estas libras para el herido, y ayudadme para un pasaporte, voy á Londres.

—Señor, y que misterios, ¿es viaje deveras?

—Los misterios de París, no los comprendo, pero pronto.

El Lord se llevó á Marieux y ambos desaparecieron.

CAPITULO XVI

LOS TRABAJOS SIGUEN

Antes de los quince días se había ido el buen Lord, cruzando nuevamente el Canal de La Mancha. Apesar de los Misterios de París, dijo este señor en Londres, que jamás había visto dos naciones vecinas con las costumbres tan variadas, mientras en Inglaterra usaban hasta los ladrones de su libre albedrío, veíanse en Francia, perseguidos á los caballeros honrados por la policía; ya no juzgaba tan solo á Monte Cristo; el invisible, por loco, sino á todos los habitantes de París.

Monte Cristo, comprendiendo que Marieux todavía se acordaba de su oficio, se alegró de haber hecho un bien á su

hijo, Félix Marieux, remitiéndole esta vez mil duros y cargándoselos en cuenta; los libros debían estar en buen orden.

Muy fatales iban los negociantes de bolsa del ya conocido triunvirato.

Monte Cristo, consiguió siempre dinero para poder remitir á Pierre Martinon, residente en Hamburgo hoy, porque con su acostumbrada agilidad le hizo comprender, que las veces que carecía él (Mundante) de algo, tenía su amigo el Marques de Icaroff su caja repleta y mientras él prestaba no había cuidado, solo al ser atacado por dicho señor, se vería en el forzoso caso de atacar tambien él por su parte á los señores Pierre Martinon y Franz Eckwald. El Baron Eckwald, viviendo con su señora madre en medio de un lujo asiatico, no pudo resistir los muchos gastos y había adoptado por sistema cómodo, firmar vales en favor del Doctor Mundante; con esto evitó el constante desembolso de dinero y billetes y tanto á él como á Pierre era mas conveniente firmar por deudas y gozar de las entradas.

Ninguno de los dos había pensado remitirle ni la mas pequeña parte de las ganancias, considerando al buen Doctor y al Marques de Icaroff como dos magnates que no sabían como emplear sus inagotables fondos. A solas se reían del loco Doctor y sus grandes remesas, porque por costumbre nunca emplearon mas de una cuarta parte de la remesa para sus negocios y las otras tres cuartas partes en oro ó libranzas se dejaban fácilmente cambiar por marcos alemanes, para el uso en familias, en carreras de caballos, operas, bailes, paseos y demas entretenimientos que en una ciudad alegre como Hamburgo nunca faltan. Pierre pudo tan solo así sostener en la corte aristocrática á su exijente señora esposa y suplir constantemente á sus nobles suegros, arruinados ya. Igual exijencia hacía la baronesa de Eckwald. Con el mismo desprecio que había tratado aquella vez á Monte Cristo, trató hoy á todos. Sinembargo, la Baronesa era alemana, y las alemanas son mujeres que saben manejar sus casas en un orden ejemplar; el desprecio fué natural en su caracter, pero ella tan solo se hizo gastadora creyendo de buena fe en la enorme fortuna de su hijo. Así es que le faltó lo que caracteriza á la nación germánica: al buen manejo (ordentliches Haushalten.)

La Baronesa y su hijo fueron siempre ricos y habían sabido manejar lo que el difunto les dejó, pero ya que al parecer la fortuna les colmaba constantemente con el cuerno de su abundancia, parecía á la Baronesa inagotable la mina, sin saber que la mayor parte de las nuevas remesas fueron deudas al despreciado Conde de Monte Cristo. Franz estaba enamorado y tuvieron que crecer sus gastos á proporción de los progresos amorosos. No dejaron de ganar algunas veces Franz y Pierre en sus especulaciones, porque aunque la bolsa de Hamburgo arruina á muchos y premia á otros, es un negocio honrado como toda especulación; pero lo malo del asunto fué, que toda ganancia fué poca para los gastos

de ambos, y como dicho buen viejo Doctor Mundante - de quien se reian - se conformó con sus firmas en papel timbrado y estampado con el sello del senado de la ciudad, ¿qué otra cosa podían hacer los mozos, que seguir aprovechando las entradas?

Así marcharon las cosas, cuando se les presentó un pequeño incidente en su contra, fué un individuo que llegó al año á hacerles una visita. Fué un francés, pequeño, delgado, de pezcueso largo, movimiento perpetuo, de sombrero alto y paraguas verde, nuestro amigo monsieur Marieux en clase de apoderado del Doctor Mundante; él hospedaba en el Hotel d' Europe del señor Max Casanove, un paisano complaciente y tan sabio que, según él mismo oía crecer las plantas. Marieux buscaba otras plantas, pero también pudo Casanove dar razon de ellas. Nuestro héroe se dirigió primero á la casa de campo de la Baronesa; ella, viendo á éste viejo impertinente, poco vistoso y tenáz y conociendo que no quería volver sino esperar al señor Franz Eckwald, le mandó poner una silla en la fria antesala.

Marieux acostumbrado á los malos tratos, calentóse las manos con el propio resuello y frotándolas, permaneciendo allí con una paciencia heróica durante hora y media. Marieux no sabía cual fué el motivo de la demora, pronto lo supo. Las familias y los amigos fueron despidièndose de la tertulia que acostumbraba la familia Eckwald, el joven estaba en vísperas de casarse. Marieux comprendió que su buena estrella le había llebado primero á esta casa y no á la de Pierre Martinon. Franz y Pierre al fin le atendieron, les vino esta buena nueva del Doctor Mundante como quien sale del cielo para entrar en el purgatorio, ambos, tan pronto que se habían persuadido de la autenticidad del poder que traia éste señor, se retiraron en consultas particulares. Marieux no estaba muy retirado de ellos, porque como hablaron en idioma aleman, usaron poca precausión con el buen apoderado; éste tan solo puso cuidado á las palabras que podían interesarle, como "América, fatal, ultimatum, credit, y nichts."

Dichas cinco palabras, oidas por Marieux y anotadas en su misteriosa cartera, que hoy no hubiera dado él por una libra esterlina, tal vez podían valerle algo en consultas con Casanove que comprendió el alemán. El mismo Marieuxcasi comprendió las cuatro primeras, pero la duda estaba en la quinta, y por más que calculó no sabía que podía ser, si *nichts* quería decir un inmenso capital ó credito de America, ó si poco ó nada. Resignado guardó la cartera, Casanove debía saberlo. Se encontró fren e á los jóvenes.

--Monsieur Marieux le dijo Pierre, sentimos tener que molestaros para pasado mañana, pero como tenemos diez mil y pico de pesos disponibles en el banco, se arreglará eso mañana, y para pasado mañana á las seis quedará usted satisfecho con su cobro y con nuestro abono, aquí en nuestra casa. Nuestra ofi-

cina y caja fuerte están aquí en la casa del Barón de Eckwald, no tendréis inconveniente, ¿ no es cierto ?

Marieux quedó muy sorprendido y no pudo creerlo, porque había esperado que le hubiesen hablado de América y credito. segun había oído las palabras anteriores. Al fin se levantó y dijo muy resuelto al despedirse : --Señores, estoy á vuestras or denes ; conque pasado mañana, quince de este mes á las seis de la tarde. Muy bien, me conviene, agregó alegremente, con éso no tengo necesidad de regresar mañana mismo y puedo pasear dos días por las calles de vuestro gran Hamburgo

Todos se despidieron mui satisfechos de haberse sabido en gañar mutuamente, dándose las manos con la mayor sencillez y honrades.

Al verse los jovenes sólos se reian de haber podido engañar á un jefe de la policía francesa ; pero el caso no fué para reirse sino para ejecusiones.

--Bien, ¿y cómo piensas hacerlo ? decía Pierre.

--Yo, contestó el otro, solo tengo que reunir los pocos fondos que poseo ; mi madre, á quien tendré que confesar todo, debe hacer una venta falsa de todos nuestros bienes al apoderado Gottfried y en el paquete de pasado mañana voy á Londres. Allí me pierdo ó iré á América.

—¿ Y tú madre ?

--Ella, si quiere ir con migo, va, y sinó, se queda ; las mujeres no son atacadas por las firmas de los hombres, y menos, cuando los bienes aparecen como vendidos.

—Amigo, yo debo hacer lo mismo, es exactamente lo mismo.

—Naturalmente, tu debes salvarte. Si tu mujer va, bien, y si no tambien.

—Pero mis suegros son nobles.

—Ha ! ha ! ha ! qué idea ! Bonita nobleza ! Nuestro refrán en Alemania, tratándose de nobleza es el siguiente: cuanto tienes tanto vales. Tus nobles suegros nada tienen y nada valen. El Doctor Mundante no da un penique por tu suegro y ménos hoy que bebe más cerveza que nunca ; y tu sabes, por tu suegra, menos, siendo ella la más fatua, falsa y......

—Para la carrera, mi amigo, mi suegra, la defiendo yo.

—Sí, porque tienes que cargar con toda la sacra familia, pero yo no la tragaría.

--No hay necesidad de eso, á mí me la hicieron tragar.

Despues de reir un rato de la pobre vieja, siguieron su plan de fuga, conociendo tambien los tribunales alemanes como los franceses ; conociendo que con un golpe cualquiera que fuese debían salir de la lamentable situación actual, poco honrosa para ambos.

—Todo está bien, decía Pierre, pero nos deshonramos de todas maneras, así ó asá, y lo siento tambien por el buen Doctor apesar de atacarnos ; él nos brindó su confianza.

--Yo siento lo mismo decía Franz, y si yo pudiese algún

día pagarle los cinco mil pesos mios, lo haría aunque fuera trabajando, tu bien lo sabes, el carácter aleman puede extraviarse, pero no tenemos ni nuestro fondo deshonrado, ni mal corazón. Solo en casos como este........

—¿Que me dices tu con eso? ¿acaso yo con ser hijo de frances no pienso lo mismo? En noble proceder no me ganarías tu, pero nuestra caída es inevitable.

—Inevitable; conque hasta pasado mañana á bordo del paquete, á Londres.

—Así sea, Dios lo quiere así. Y se despidieron.

Entre tanto había regresado Marieux á su posada, riendose con Casanove de la astucia de los caballeros de industria y perfectamente había comprendido por la traducción del posadero que *nichts* quería decir, nada.

—Que lastima dijo Marieux, que monsieur de Monte Cristo no sea de la policía secreta, no dejaría de ser un tercer Vidoc ó un segundo Marieux.

—Casanove le consiguió dos mozos guapos, que por buena paga fueron instruidos de solicitar servicio, el uno en casa del Baron de Franz Eckwald y el otro en casa del señor Pierre Martinon. Todas las tardes pedirían permiso para ir á ver á la madre ó algún pariente enfermo, viniendo luego á la posada á dar noticias á Marieux. El proyecto se logró á las mil maravillas. El mismo día catorce en la noche aparecieron los dos mozos en el Hotel d' Europe con los correspondientes anuncios del proyectado viaje de ambas familias. Igual denuncio hizo Marieux á la prefectura de policía en Hamburgo, consiguiendo él el permiso de su arresto, al salir Marieux responsable de daños y perjuicios y dejando una cierta cantidad de dinero en depósito como garantía. De todo eso estaba el frances previsto. En tal arresto estaban solo comprendidos los dos caballeros, ninguna persona de la familia debía sufrir la menor injuria.

Al día siguiente se entregó efectivamente Marieux al paseo con todo descuido, pues sabía lo eficaz de la policía. Algunas horas del día dispuso para el arreglo de su maleta de viaje, disponiendo su partida para el diez y seis. Informado de ciertos pormenores fué Marieux á la hora convenida, el día quince, á las seis de la tarde, á la casa de campo de la Baronesa de Eckwald. y al entrar saludó y dijo: Aquí me tenéis, señores, he sido puntual, y vos igualmente por lo que veo.

—Señor, dijo Pierre, quien se burla de un enemigo preso, es un cobarde.

La Baronesa y su hijo estaban tan indignados que no podían proferir palabra alguna. En las dos salidas de la sala estaban cuatro policías y cerca de la ventana un cabo. Marieux, Martinon y Eckwald se sentaron á conferenciar en favor del señor Mundane y sus diez mil pesos.

La policía había cumplido.

CAPITULO XVII

MERCEDES Y EDMUNDO DANTES

Varios meses habían estado ausentes Mercedes, su hijo Alberto y el abate Farias. Este señor, un religioso y hombre honrado á prueba de bomba, fué ya amigo de los dos primeros desde mucho tiempo y aunque no fué lícito todavía de hablarles lo que debía ser dicho luego, no perdió oportunidad alguna de preparar los espíritus de sus feligreses siempre para el bien, y especialmente á los dichos amigos. Con éste fin y secreto particular de él, los había acompañado, desde algún tiempo á los baños de Baden - Baden. Todos regresaron llenos de salud. La debilidad de Mercedes había desaparecido y había rejuvenecido diez años. El abate decía: La enfermedad del alma que se cura tiene que presentar consecuencias favorables al cuerpo; suspendidos los sufrimientos morales se suspenden las enfermedades corporales, y vice versa, el cuerpo sufre con el alma.

La Marquesa había tenido en el abate un compañero y amigo consolador, y así Alberto. Todos vinieron reconciliados con el Conde de Monte Cristo y en caso de encontrarse con él, le darían la mano como á otros amigos. Para las madres son generalmente los hijos unos jueces infalibles y eso había sucedido con Mercedes y Alberto, hablando de Monte Cristo, más hoy estaban de acuerdo que era un pobre, perseguido por la mala suerte. Ambos estaban persuadidos que aquel pobre Joseph Montes de la plaza W: debía haber sido el pobre Conde de Monte Cristo, hicieron el firme propósito de solicitarle y sentían no haber hecho algo por él.

Lo primero que hizo Farías cuando regresaron á París, fué acompañar á sus viajeros. Habiéndolos dejado, regresó en el mismo coche á la casa del Conde de Xerez, antes de ir á la suya. Allí encontró naturalmente á Monte Cristo que dividía su tiempo en las varias casas.

Antes todos le desechaban, hoy todos le reclamaban.

—Buen Doctor, así cuidais mi bibliotcca, dijo el abate al verle.

—Perdón mi amo, contestó Monte Cristo dandole un fuerte abrazo.

—Conde, yo he ido á los baños por fuerzas y vos teneis mas que yo.

—Mi padre no tiene perdón, llegó corriendo Icarofl también abrazando al abate.

Luego siguieron el Conde Xerez, esposa é hija.

Me matan entre todos, apélo al órden, exclamó muy reído el abate despues de sus mas afectuosos saludos, pero en recompensa vengo á probar la cocina y los vinos de antes. ¡ Qué gloria es hacer bien ! y se enjugó una lágrima.

Apenas se había generalizado la conversación, hasta que fuese servida la mesa, cuando se presentó otra caleza; fue la

Marquesa de Bois y su hijo. Ellos saltaron los pocos escalones de mármol, presentándose como siempre sin más aviso, en la casa de su confianza. Siguieron los mismos saludos y la misma alegría general, solo Monte Cristo se apartó, retirándose en silencio á la antesala.

Todos, entre alegres abrazos, conversaciones, preguntas y charlas, encontraron á la Marquesa de Bois rejuvenecida y alegre y hasta de Alberto decían que no tenía aquel tinte melancólico de antes.

—Yo he venido muy repuesta, mas agradecida del abate Farias que de los baños, Apropósito, el cuerpo con salud necesita de alimentación; hemos venido á comer con vosotros.

—Gracias á Dios, dijo Zoila, nos tocaron los primeros honores.

Zoila, Mercedes, Alberto y la Condeza, conversaron de varias cosas, cuando Icaroff se acercó á Xerez y á Farias, preguntándoles pasito: ¿y el Doctor?

—Es preciso aprovechar este momento dijo Farias del mismo modo.

—¿Os parece bien? preguntó Xerez.

—Sí, y aseguro el mejor éxito.

En seguida dijo recio: Y nuestro buen Doctor, ¿qué se ha hecho? ¡Oh, señora Marquesa de Bois! dispensad mi distracción, olvidé de presentaros nuestro buen amigo, el doctor Mundante.

Corrió á la antesala y encontró á Monte Cristo sentado en una silla cerca de una pequeña mesa sujetándose la cabeza con las dos manos, los codos sobre la mesa y vertiendo dos lágrimas.

—¿Doctor qué es esto? preguntó el abate.

—Ay amigo, qué infelices han sido aquellas dos criaturas por mí durante tantos años no merezco el perdon de Dios; asi le contestó Monte Cristo.

—Os digo, todo mal tiene cura, todo dolor su término, Dios es grande. Venid conmigo, el éxito debe ser favorable, ahora ó nunca, venid.

—Dispensad, abate Farias, pero....

—No hay disculpa; nos esperan. Acordaos, que asi sujetando la cabeza con las dos manos os encontré en el jardín botánico y os elevé con el gran poder de Dios. Yo deseo vuestro bien, ¿me hacéis el favor de seguirme?

—Sí abate, os sigo, sois mi angel tutelar. Ambos entraron á la sala y el abate Farias presentó á Mercedes y Monte Cristo así:—"La Marquesa de Bois, su joven hijo y el Doctor Mundante."

Mercedes avanzó hacia él con su acostumbrada elasticidad y aristocrático buen tono, pero al darle la mano y verle la cara gritó "Edmundo" —"Mercedes" contestó él tranquilo acogiendo á la desmayada en sus brazos.

Ella volvió pronto en sí y ambos vertieron abundantes lá

grimas. Se veían pero no encontraron palabra alguna para decirse. Vieron al rededor y encontraron la sala vacía. Todos con igual delicadeza, habíanse retirado.

Mercedes y Edmundo Dantes se sentaron en dos sillas á conversar largo, largo tiempo. Sus primeras frases fueron lamentaciones y acusaciones, pero á poco rato fueron comprendiendo que solo ellos dos serían los seres más felices y más privilejiados en la creación. El mundo jira siempre con sus mismas cualidades sobre su mismo eje, tan solo el hombre le dá el colorido sombrío ó risueño, según su pesadumbre ó alegría propia.

En la sala inmediata estaban los otros que poco á poco fueron viniendo á dar sus felicitaciones por la buena paz y amistad.

—¿Qué os parece? preguntó el abate á Alberto.

—Que, qué me parece? preguntó este muy reído, me parece que vos sois un religioso, pero al mismo tiempo el mejor jugador de manos, que sabe transformar doctores en condes y hasta en buenos esposos. Mi madre pasa los 40 y el los 50 años, pero esto termina con un matrimonio.

CAPITULO XVIII

REVISTA FUERA Y EN FRANCIA.

—El marquesado de Kronstadt, quedó, según el testamento del difunto Marquez, propiedad del hijo adoptivo, las leyes rusas pusieron por única observación, que Edmundo Dantes hijo estaba obligado de seguir el mismo título, y como nada cuesta cargar un título más ó ménos el mismo joven Icaroff con su inquebrantable buen humor de siempre, se titulaba á sí mismo: "Edmundo Dantes segundo, Marques de Icaroff y Conde de Monte Cristo." Los tribunales rusos no conformes con tales bromas, lo hicieron constar en los códigos: "Edmundo Dantes hijo, Marques de Icaroff, y así tuvo que seguir llamándose, porque en un país real como aquel, con el menor cambio hubieron caído sus terrenos y casas al fisco. Monte Cristo padre que tampoco carecía de chistes, le aconsejó, que si algún día llegare á escasear su dinero, con vender uno de los títulos bastaba para recuperarlo

Nuevamente se presentaron algunos viajes inevitables.

El primero fué de Icaroff; él tenía que ir á Nowgrod y más al interior del basto imperio ruso á tomar formalmente posesión de una de las propiedades heredadas. Esta vez le acompañó su esposa.

Monte Cristo, Xerez y señora los acompañaron hasta la estación del ferrocarril. El viaje fué calculado por seis meses.

En Hamburgo había sucedido lo siguiente. Los dos especuladores con dinero ajeno habían sido puestos en arresto por deudas. Hasta segunda disposición de Paris y resolución de Marieux ó del doctor Mundante. Este último no se dejó esperar mucho; les mandó á proponer ganar su vida hon-

radamente é ir abonando convencionalmente en cuenta hasta saldar la totalidad. Ellos aceptaron con gusto y luego se colocó Pierre Martinon, por orden del Doctor Mundante y pagado por él, á llevar los libros en la casa de su padre, firma "P. Martinon etc. Compañía;" con el bien entendido, que si no estuviese de un todo bajo las órdenes de los jefes de la casa, bajaría su buen sueldo que le fué asignado á la mitad; y si se portara á la satisfacción de todos, sería tratado con consideración por su acreedor; Pierre Martinon convino á todo, no le quedó más recurso. La verdad fué, que él nunca había sido un mal hijo pero las vanidades y los gastos de su nueva familia lo habían extraviado y arruinado, y pronto comprendió Pierre para si solo, que Dios le había hecho un gran favor con arrancarle de su anterior situación desesperante y haberle llevado Mundante á su casa paterna. La esposa, la noble Catinca de Frank, rabiaba al principio contra la suerte. Ella al principio, quiso quedar en su casa paterna, pero fué al fin, mujer de buen cálculo y siempre esposa fiel; en vez de participar de los títulos y la ruina de sus padres prefirió ir con su esposa á casa de los suegros plebeyos, pero en una posición mejor.

Monte Cristo siguió también con el otro joven Franz Eckwald, haciéndose providencia de él, pero no pudo dejar de hacerle comprender, que nunca debe persona alguna, ni burlarse de otra, ni menospreciarla. El Conde de Monte Cristo fué despreciado de la Baronesa de Eckwald, hasta en un simple saludo, no queriéndole dar ella la mano como antes, sino saludando con el abanico, considerándole pobre y arruinado; hoy fué el hijo de esta misma Baronesa secretario privado del Conde de Monte Cristo. Al jóven Franz se presentó como quien era; en efecto, ellos se habían conocido en el viaje. Bien ó mal, Franz vivía en París custodiado y trabajando en su nueva secretaría. No le fué pesado el puesto, tenía poca ocupación, tiempo de pasear y buen sueldo.

Monte Cristo escribió los pormenores á la Baronesa diciendo al concluir que no tuviera cuidado por su hijo, siendo él Monte Cristo su protector y su amigo.

Al joven Franz le dijo: Portaos bien y os haré subir otra vez, ésta es solamente una pequeña lección de un anciano para un jóven. La orgullosa Baronesa, al recibir dicha carta se mordió los labios y apretó los puños, pero ante Monte Cristo fué impotente y dijo con aquella resignación alemana "Sea lo que Dios quiera."

Distinto efecto tenía la carta que escribió Monte Cristo á los padres de Catinca, Señor Heriberto von Frank y señora Hildegardis Frank von Falkenhagen.

Ella decía: Es un atrevimiento sin igual, no debemos permitir que Catinca tenga rose con esa familia; que vuelva á la casa paterna nuestra posicion social, nuestro nombre, nuestro....

--Nada, nada, le interrumpía el señor von Frank, todo ésto necesita de dinero, de mucho dinero para poder sostener nombre y posición. Sin tenerlo nada valemos. ¿Quién nos trata hoy cómo ántes? Estoy cansado de nuestros muchos engaños en la aristocracia. Nuestra hija está mejor así y hay que resignarnos.

—Pero jamás tendré trato con aquella gente.

--Lo tendrás y lo tendremos, hoy valen ellos.

—No hay necesidad más que de tratar á nuestra hija solamente.

--Si lo hay, élla ocupa allí un puesto inferior.

—¡ Ah, que horror !

--Somos pobres y ellos son ricos. Somos impotentes y el dinero puede mucho. Necesitamos la protección del yerno de todos modos, él es casado con nuestra hija y los plebeyos son los padres de él ; el buen hijo está con sus padres.

--¿ Conque qué hacemos ?

--Tenerlos por amigos á todos, y en último caso quemar nuestros pergaminos inútiles.

No hubo más remedio, se resignaron á todo y callaron.

Franz Eckwald en servicios de Monte Cristo, como ya dicho, pero como éste último tenía un viaje entre manos y el abate Farías tenía suma ocupación en su biblioteca convinieron, de acuerdo con Eckwald, que éste le acompañara por tres meses ; dándole Monte Cristo el merecido elogio de una vida labriosa y ejemplar. Desde el principio no había sido tratado como dependiente sino como amigo.

Monte Cristo, ya amigo de Alberto y Mercedes, fué un día á despedirse de ellos, porque antes de todo otro paso, tenía un viaje proyectado. No sucedió así en su casa, que fue hoy la de Xerez donde Monte Cristo siguió siendo huesped. Allí no dijo adios.

Una mañana le esperaron, como de costumbre, para tomar café.

--Entonces podéis esperarle hasta que el café se convierta en hielo, dijo Alberto, que contra su costumbre entró á esa hora.

—¿ Y qué novedad hay ? preguntaron.

—Ninguna, únicamente (entregando una esquela) que Monte Cristo, aventurero como siempre, se ha marchado.

—¿ Cómo, adónde, y por qué ?

—Tal vez algún capricho.

La esquela decía : Me embarco hoy mismo en una pepueña embarcación á la gruta de mi nombre. Dispensad la no despedida, esa es mi costumbre. Estaré de vuelta en pocos días, si Dios quiere. La "Tormenta" va con dos conocidos viejos y conocedores del rumbo.

Este capricho de ir y venir sin previo aviso lo conoció Xerez desde antes, lo único que poco les agradó fué el nombre de la embarcación. ¿ Si sería la misma "Tormenta" de Benedetto ? Tampoco les agradó mucho aquello de "conocidos viejos," ¿ algunos compinches peligrosos tal vez de los gloriosos tiempo de

la mano del muerto? Alberto tomó el café en lugar del ausente y pronto fué recuperada la alegría porque entró el repartidor de cartas con varias para nuestros héroes.

CAPITULO XIX

VUELTA Y TRIUNFOS. LA GRUTA.

La Gruta de Monte Cristo estaba sola y abandonada desde muchos años. Las manos de aquellos bandidos que habían perseguido al Conde y horrorizado á Morrel, habían hecho de aquellos preciosos salones y sus ricas alhajas un montón de cenizas; nadie habitaba aquellos lugares solitarios y desiertos, y si difícil fué encontrar la isla, más difícil encontrarían la gruta. El Conde y sus dos barqueros sabían la dirección, muchas veces la habían andado. En silencio surcaba la barquilla sobre las tranquilas olas y la blanca vela se esponjaba con la suave brisa. Llegaron frente á la gruta.

El Conde saltó en tierra é hizo esperar al uno llevándose al otro; siempre malicioso, ¿para qué le habían servido tantos años de glorias y sufrimientos?

Monte Cristo sabía que lo de la gruta había concluído, pero también sabía que en la misma gruta había una cueva tan secreta que tal vez podía haberse salvado del saqueo general. Mientras el compañero se perdió por las profundidades, curioseando por doquiera, apretó el Conde un secreto resorte en la roca, y vió en efecto intacto aquel tesoro perdido; él tomo solo unas tantas piedras preciosas que con disimulo pudo cargar en el carriel, cerrándolo con llave y cerrando en seguida la roca por medio del conocido resorte. Luego llamó al compañero de viaje y ambos persuadidos, según se lo manifestaron, que absolutamente nada había quedado en la arruinada gruta, contaron de las ruinas al que cuidó de la embarcación y regresaron á la costa firme.

El Conde había creído tener que vencer muchísimas dificultades y tal vez que llevar obreros para apartar las ruinas; pero ya que todo había sido tan fácil pudo regresar á su casa, mucho antes del plazo calculado.

Llamó á Farías y á Xerez al presentarse la oportunidad, á solas á presentarles las prendas y á contarles lo sucedido.

Les dió en el mapa las señales exactas de la isla y la gruta, para en caso de fallecer ó ausentarse uno de los tres, los otros dos pudiesen encontrar los tesoros; y les dijo lo de la roca, del resorte y demás señas secretas.

Monte Cristo decía al sacar las preciosas piedras:

—Mi buen abate, Dios es grande, yo lo había olvidado desde hace muchos años, pero vos, me lo habíais dicho nuevamente, y ved aquí la prueba; no solo por ésta riqueza en mis manos; no! sino por la rara coincidencia que nosotros seamos hoy dueños de los tesoros de la gruta; vos, el sobrino de su primer dueño, el Conde de Xeres, cuñado de Maximiliano y á

vez suegro de mi hijo y yo, heredero del anciano abate Farias, ó sea para mi hijo, que es igual, no olvidando á Mercedes y Alberto. ¡ Qué os parece ! hubiera sido este tesoro perdido para siempre si no es que por alguna inspiración divína me hubiera embarcado yo.

—Sin duda, dijo Xerez, yo siempre he creído y creo en Dios y en su Providencia ; aquello de la cartera en manos mias, el matrimonio de nuestros hijos sin saber como ; Mercedes, Alberto y el mismo Marieux convertido en ángel bueno.

— Mis amigos, decía Farias, todo lo dicho me parece muy lógico y natural, como un reloj en manos del relojero ; solo la mano de Dios puede dar cuerda á la maquinaria universal.

Ya que cada cual de los tres sabía de la cueva y sus misterios, convinieron de no usar de su contenido sino en casos apremiantes, comunicar los secretos solo á los suyos y tener aquello en reserva como una especie de banco particular. Ellos decían : "nosotros no necesitamos hoy mas en nuestra vejez sino en algún caso inesperado. Los jóvenes no deben manejar todavía grandes tesoros hasta no ver primero como manejan lo suyo. En veces las riquezas son motivos para vivir perezoso y vicioso, y para todo hay tiempo." Así fué la resolución unánime.

Había otro tema de sumo interés entre la Condesa y la Marquesa, entre Julia y Mercedes. La una quería que los señores pasasen las tardes en la casa de Xerez y la otra en la casa de campo de la de Bois. Alberto había regresado de sus estudios, vacante de un mes; luego cada casa tenía igual derecho de exijir.

Entre tanto no pudo dejar el Conde de Xerez la costumbre de cuando había sido pobre, ocuparse diariamente algunas horas en algún trabajo de fuerza, en el jardín, el establo ú otro pasatiempo. De Monte Cristo se sabe que la tranquilidad era su enemiga.

El abate estudiaba, escribía y hacía bien á los prójimos. Todos tenían sus entretenimientos, pero para complacer á las damas, y á sí mismos, convinieron pasar por obligación en la semana dos tardes con sus correspondientes noches en una casa y dos en la otra.

Pasaron así muchos días felices, mas aun cuando á los pocos días había regresado Icaroff y su señora, ésta vez no sólos sino con un niño de dos meses de edad, un Monte Cristo tercero, que había tenido doña Zoila en la casa de los Icaroff en Kronstadt.

Franz Eckwald y Pierre Martinon tenian ya casi un año en sus nuevas ocupaciones, cada cual en su distinto lugar y su distinta contaduría, pero habiéndose portado ambos coma unos caballeros, fue despedido el primero, regalándole Monte Cristo la cuenta salda, porque su sueldo le había sido abonado integro también. Eckwald, en vez de agradecer tal proceder del Conde, se dió por ofendido, diciendo, que él no era niño sino suficiente hombre de bien para saldar una deuda, le era vargonzoso salir de París como deudor y salir á Hamburgo con la cabeza gacha, sin poder elevar la vista ante el honrado comercio alemán.

A Monte Cristo le gustó tanto esta honradez que le obligó á hacer un trabajo de ocho dias más, y durante éste tiempo tenía Franz que escribir en limpio el pequeño libro de cuentas corrientes, en la que también figuraba la de él mismo. Monte Cristo le había asignado un sueldo triple mayor, y durante un año había quedado saldada la deuda.

Le dijo al joven, que ese era el sueldo que él acostumbraba pagar á los hombres honrados; y que por su caja no tuviera cuidado él (Monte Cristo) había encontrado su caudal perdido y era riquísimo como antes. Á Franz le costó algún trabajo sujetar las lágrimas de agradecimiento; pero cuando el Conde le dió un abrazo de amigo para la despedida y le regaló igual suma á la deuda pagada, para que emprendiera un pequeño negocio en Hamburgo, entonces no pudo Franz evitar que sus ojos necesitaran del pañuelo. Como los mejores amigos se despidieron.

Franz Eckwald se estableció con bastante formalidad en el comercio de su país natal, y progresó. La señora Baronesa jamás volvió á desprecir á persona alguna y tuvo el especial cuidado de no saludar más con el abanico.

Los condes de Monte Cristo y Xerez habían tenido ya desde una semana sus alegres ratos con el único nieto, cuando una tarde dijo el abate Farias: Como yo he quedado autorizado para disponer en cierta función, os digo, señores, mañana es el bautismo del niño, y según veo están acá todas las familias reunidas, las Xerez, Monte Cristo, Icaroff y Bois.

—Sin duda, le contestaron, ¿pero á qué viene eso, si no hay preparativos que hacer?

—Eso va por el parentezco. El de la ceremonia soy yo, los padrinos serán los padres de los novios, el Conde de Xerez y señora, el Conde de Monte Cristo y....y....ahí estamos.

—Pobre Haidée, dijo tristemente Monte Cristo, siempre debe faltar alguien.

—Señora Marquesa de Bois, preguntó Farias, ¿no podriais vos hacer mañana las veces de una persona que nos falta?

—Con muchísimo gusto, contestó ella, estrañando la seriedad con que habló el abate.

—Bien, en este caso, siguió el abate tomando la mano de Mercedes y presentándola á Monte Cristo, ya está la otra madrina, y vos, Señor Conde, haréis el favor para llenar la fórmula del bautismo de aceptar ésta mano de la Marquesa de Bois. ¿Aceptáis?

—Os haré éste favor, contestó el Conde.

—No, nó, dijo Farías, favor no

—Al contrario, se apresuró Monte Cristo, con el mayor placer, y por toda la vida si queréis, tomando la mano de Mercedes.

—¿Y vos? preguntó Farías á ella.

—¡También! fué su respuesta bajando los ojos.

—Todo está allanado, se apresuró Alberto, el abate nos ha ganado con sus palabras de doble sentido; fuera de preámbulos,

yo soy el primero en felicitar para este futuro enlace. Y como él les dió la mano así siguieron todos, felicitando. La duda de las dos personas mas interesadas en el asunto siempre había sido por Alberto, ya él mismo había sido quien les prescribió el camino deseado. La tarde pasó, como siempre, en la mejor armonía y se convino en el bautismo el día siguiente, luego un viaje de Monte Cristo y para la noche de Navidad el matrimonio.

CAPITULO XX.

MARIEUX, MARTINON ET FILS.

En letras doradas estaba el escrito que encabeza este capítulo al frente de uno de los mas vistosos almacenes de Koenigsberg. Había costado entre Jaques y Pierre Martinon, y Félix Murieux mucho trabajo, para salir en claro con la nueva firma para que tuviese buen sonido y al fin habían convenido, para poder mencionar á Martinon hijo en la firma, colocar primero al socio menor.

No había necesitado ni la intervención de Monte Cristo, como lo conoció Jaques Martinon, ni la del doctor Mundante, como lo conoció Pierre, ni la del capitan Herbert, como lo conoció Félix para trabajar en buena harmonía. También estaba la anciana señora Martinon y la señora joven tan de acuerdo que ambas decían, que si más antes se hubieran conocido, más antes hubieron sido amigos. Los mismos padres de Catinca que vivian en Francfort sin más recursos que los socorros del yerno, ya habían tenido una vez la feliz idea de hacerles una visita; fué mucho rebajarse pero muy conveniente, y la familia Martinon se alegró que se prolongó mucho su estadía allí. Para que los nobles viejos no tenían necesidad de moverse de Francfort les hacían Pierre y señora anualmente una ó dos visitas.

La casa de comercio mencionada manejaba un doble giro de negocios y fué perfectamente bien atendida. La casa fuerte fué almacen de manufacturas y Martinon padre atendía á las ventas ayudado por un aprendiz.

Pierre llevaba los libros y la caja, y Félix Marieux las compras y ventas fuera. La señora Martinon, la mayor, francesa laboriosa, no se hallaba sin ocupación de fonda y había logrado quedar sola manejando el "Hotel Francais" de antes; y lo manejó tan bién, con lujo, aseo y progreso, que la misma yerna fué olvidando ser de sangre azul y se volvió posadera.

Una tarde, de un frio noviembre, llegaron en el tren de Berlín dos viajeros muy encapotados. Había caido granizo y tal vez fué éste el motivo que un joven comerciante que siempre venía en solicitud de mercancías ó pasajeros á la Estación, no había podido irse todavía á su casa. Caminando por los largos corredores se acercó á los viajeros, cuando muy sorprendido, también trató él de sorprenderles, diciendo al acercarse: Buenas noches padre mio y saludo á usted capitan

Herbert. La alegre sorpresa fué para todos y pronto partió un coche con los tres al "Hotel Frances." Catinca, la señora de Pierre, estaba sola con una sirviente en el salón, expeto unos huespedes, en pocas mesas mas retirada, y Felix Marieux tenía el honor de presentar á dicha señora los nuevos llegados: el capitan Herbert y el señor Marieux padre. Félix fué á cambear de traje y la señora Catinca pronto complació á los nuevos llegados con alegre conversación y una mesa exquisita.

Monte Cristo viendo este cambio en la señora de Pierre, no pudo menos que admirarse; él en verdad no la había conocido antes, sino de muy pocas palabras en el viaje, pero el trato de entoncos y de ahora fué tan distinto que el Conde no pudo menos que decir para sí mismo: —es el cambio favorable que motiva únicamente el trabajo.

Entre tanto entró Pierre, que había concluído con su tarea de hoy y saludó al Doctor Mundante, como lo conoció él, con mucho afecto, luego igualmente al señor Marieux. La señora llamó á su esposo aparte y tuvieron una conferencia muy séria, más los huéspedes no sabían el motivo; pero miéntras duró este cuchicheo iban comprendiendo Marieux y el Conde que únicamente el cambio de nombre pudo ser el motivo de tanto secretear. Félix había presentado á Monte Cristo como capitan Herbert y Pierre sabía de positivo que este señor no era otro sino el Doctor Mundante. Pierre veía á los huespedes y Catinca lo mismo, pero, ¿ cuánta mayor fué su sorpresa, cuando en este momento entró el señor J. Martinon saludando muy cortesmente al señor Conde de Monte Cristo. Señores, aquí hay algún error se apresuró á decir Pierre; pero el señor Marieux padreno pudo ya contenerse y principió á reir á carcajadas, hasta el mismo conde perdió su serenidad acostumbrada y el Pobre J. Martinon quedó todo aturdido cuando Pierre continuó: —ó tiene este señor tres distintos nombres ó es otro y no él mismo.

—Efectivamente, contestó el conde, yo creo que yo no soy yo mismo, sino otro. Todos se reían de la ocurrencia y Monte Cristo les contó los detalles.

Félix había entrado tambien y Monte Cristo siguió contando muchas de sus últimas aventuras, sin ofender á las personas, y tambien de otros tantísimos nombres que durante una vida aventurera había tenido que adoptar, los últimos sucesos, comprendieron todos, habían sido un gran beneficio, hecho por el Conde y á favor de esta casa, y todos no hallaron como agradecer lo grande del servicio en su favor, tanto material como moralmente habían habido únicamente cámbios favorables en esta firma. Durante la conversación había entrado la señora Martinon madre; y Catinca corriendo á su encuentro le dijo:
—Mamaíta aquí están nuestros huéspedes: el señor Marieux y el capitan Herbert, el Conde de Monte Cristo, el Doctor Mundante y.........

—Hija, hija, decía la señora, ó estás tu trastornada ó no han llegado los demás, é inútilmente pasó la vista á todas partes. Hubieron naturalmente nuevas risas y nuevas esplicaciones.

Irse al día siguiente fué imposible, sólo al tercer día tuvieron que permitir la momentánea separación de Monte Cristo, porque él tenía que arreglar unos asuntos para su hijo é ir á Nowgrod, y tenía por necesidad que volver á Rusia, solo esta vez; para entonces regresar y llevarse á Marieux padre, que entre tanto quedaría acompañando á su hijo, y éste ofreció visitar la casa paterna entre seis meses.

—La ausencia del Conde fué solo de una semana, pero entre tanto se había presentado la primera hija de Pierre y Catinca; y Monte Cristo dijo que algún día se casaría con su nieto y la confirmó: "La Condesa de Monte Cristo."

CAPITULO XXI

CONCLUSIÓN CON AGUINALDOS PARA LOS RICOS Y PARA LOS POBRES

El primer capítulo de esta historia trató del matrimonio de Icaroff, hoy Monte Cristo, hijo, y el último trata del Conde de Monte Cristo padre en la misma casa; y es éste accidente tan particular como lo fué la vida entera de nuestros héroes.

Otra vez tocaba la música á toda orquesta en la lujosa sala de Xerez, pero esta vez no fué para celebrar un matrimonio con bailes sino con concierto y canto, antes y despues de la ceremonia religiosa. Esta fué una fiesta solo entre las familias ya conocidas y de varios de los amigos. Fué la noche de navidad para todos y como cristianos á dar todavía más importancia al acto serio.

Quedó de repente y por alguna señal todo en silendio por un momento, y las imponentes personas, el Conde Xerez y el abate Farias se acercaron. Detrás de ellos con igual imponencia la Condesa, Icaroff y esposa, Marieux, Alberto, y otros pocos de la casa. Quedaron cerca del árbol de navidad, improvisado allí en la sala, como se acostumbra para los niños, en varios países.

Este árbol estaba allí cargado de miles de distintas clases de presentes y hasta con dinero, juguetes y otras cosas. Nadie sabía para que tanto, porque los niños de la casa, allí presentes, fueron pocos y conformes.

De la puerta de enfrente fué corrida la cortina y se presentaron: Edmundo Dantes padre, Conde de Monte Cristo con su futura: Mercedes de Morcef, Marquesa de Bois.

El abate Farias se acercó á ellos y en medio de los dos grupos, frente al arbol que significaba allí los beneficios y la abundancia con la venida del Niño Jeús, y en recuerdo de tantos altos y bajos en la vida humana: dijo el abate un cermón, que conmovió hasta los mas endurecidos corazones, luego se diaron los

esposos las manos, y Monte Cristo y Mercedes, en un tiempo olvidados y creido difuntos, se unieron en el matrimonio, que habían proyectado cuando niños. Así es el destino incomprensible.

En seguida ordenó el abate que se cantase un coro religioso, lo que con la orquesta y las voces, fué brillantemente ejecutado; solo hubo una dificultad. Marieux había cambiado mucho en su caracter intrigante, pero todavía le faltó un tanto para ser religioso y como perdió la paciencia, oyendo tanto himno y gloria, preguntó á su vecino al oido:

¿ —Cuando volveremos al mundo?

—¿ Como al mundo? dijo igualmente el otro.

—Quiero decir que entre tanta pascua y matrimonio, siguió muy pasito Marieux, estamos en el cielo entre estos dos sacramentos.

—Navidad no es sacramento, contestó pasito el otro.

—¡ Cómo qué no ! nacer es lo primero.

—Ni es lo primero, ni matrimonio lo último.

—Como Icaroff y Alberto estaban cerca de estos dos reclutas en teologío, tuvieron que reirse, mas ya que todo había concluído, y después de las felicitaciones siguieron todos en discusiones religiosas; pero como tales discusiones son prohibidas como la fruta del arbol vedado, mejor es dejarlas para los estudiantes en teología.

—Edmundo, decía Mercedes, cuando ya todos estaban en el banquete, ¿esta vez me quedarás fiel, y que no me suceda que me dejas otra vez por navegar y perderte en el Castillo de Iff?

—¿ Tu no sabrás, le contestó él, que de la espina salen las rosas? De la prisión fuí á la gruta.

—Las rosas para tí, las espinas para mí....

—¡ Chit! tempi passati. Hablaremos de otro tema.

Viendo que mayormente todos pensaban más en la mutua felicidad que en postres y manjares, casi se iba á dar por ofendida Julia de Xerez. Alberto observando ésto y á la vez que Marieux ojeaba en su cartera, dijo: Monsieur Marieux guardad vuestra cartera inútil y vamos á atender á nuestros deberes actuales. A la vez empezó con apetito de jóven.

—Al fuego con la cartera, agregó Zoila.

—¿ Inútil y fuego? preguntó Marieux. Esta cartera salvó la vida al Conde de Monte Cristo.

—Mi amigo tiene razón contestó éste.

—Sí, dijo otro, os estamos muy agradecidos.

—¿ De qué? preguntó Marieux, guardando su cartera y viéndose atacado por todos.

—Que vos seais el causante de éste matrimonio, observó otro

—¿ Quién, yo? ¡ no, no tal!

—Sí, dijo Alberto, entrando también á reir á costa del señor inspector; vos tenéis la culpa que mi buena señora madre ha caido en manos de aquel señor bárbaro.

Farias y otros habían seguido el tema de teología, la Condesa y otras damas discutían otro tema, Icaroff fué el satírico de siempre y lo primero que hizo, al suspenderse la mesa, fué solicitar sus cigarros; y varios grupos alegres, se formaron.

También había sido servida la segunda mesa para los fieles servidores y otros allegados, como naturalmente para los de la banda.

Todos los de la mesa principal quedaron tomando café en sus respectivos puestos ó se retiraron á fumar, á disputar, á pensar ó ver, oir y callar; sólo Icaroff estaba intranquilo, se levantó, salió, volvió á entrar, llamó á Marieux en silencio y nadie sabía lo que significaba aquello. Zoila le preguntó, pero él contestó que él esperaba á alguien, ya vendría.

Entró un momento de pausa en la conversación general, y en aquel momento sonó el timbre con fuerza en la sala inmediata donde estaba el árbol cargado.

—¿Qué significa eso? preguntaron.

—"Es el banquete de los pobres, contestó Icaroff levantándose. Me dicen que yo fuí robado en un banquete de los pobres, cuando niño; y como creo que ninguno de ellos ha tenido la culpa sino aquel bandido ya muerto, he querido recordarlo con llamar á los pobres de París y regalarles del árbol de navidad. ¡Que nos importan algunos miles de duros en una noche como ésta! somos ricos. ¿Si álguien de vosotros quisiere seguirme á ver eso?" Icaroff entró y todos le siguieron. Hombres, mugeres y niños, viejos y mozos, pobres de todas clases y edades fueron pasando, entrando de dos en dos por una puerta y saliendo por la otra; un número inmenso de personas, pero con el mayor orden, porque había policía allí. Los cinco repartidores daban del árbol algo á cada par que iba pasando; y todo se hizo en silencio.

Antes de una hora quedó el árbol vacío pero el entusiasmo de los presentes fué tanto, que todos dieron, y volvió á llenarse la mesa al pié del árbol, hasta seguir satisfaciendo al último pobre que pasó. Se cerraron las puertas y los de la fiesta regresaron á sus respectivos puestos, y asi Icaroff, despues de haber tenido que admitir un sin fin de abrazos y elogios. Conmovido abrazó Monte Cristo á su hijo y le dijo: —Esta noche has hecho el mayor honor á tu familia entera; es más de lo que había esperado de tí. Dios te premie. Este es el verdadero triunfo de los Monte Cristo.

—Todas estas buenas ideas te dió Dios, dijo Mercedes á Icaroff.

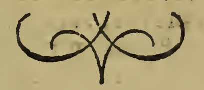
—Amen, agregó el abate Farías.

Los lejanos acordes de la suave música se dejaron oír, para concluír esta noche con tanta solemnidad como lo merecía el acto y la felicidad unánime.

Pero ya fué tarde, los foetes de los varios cocheros sonaron con mucha frecuencia en señal de impaciencia.

--A las tres de la madrugada había quedado todo en silencio, todas se habían retirado á sus respectivos hogares, todos deseándose una felicidad duradera ; y así nosotros mutuamente.

FIN DE LA OBRA.



INDICE





